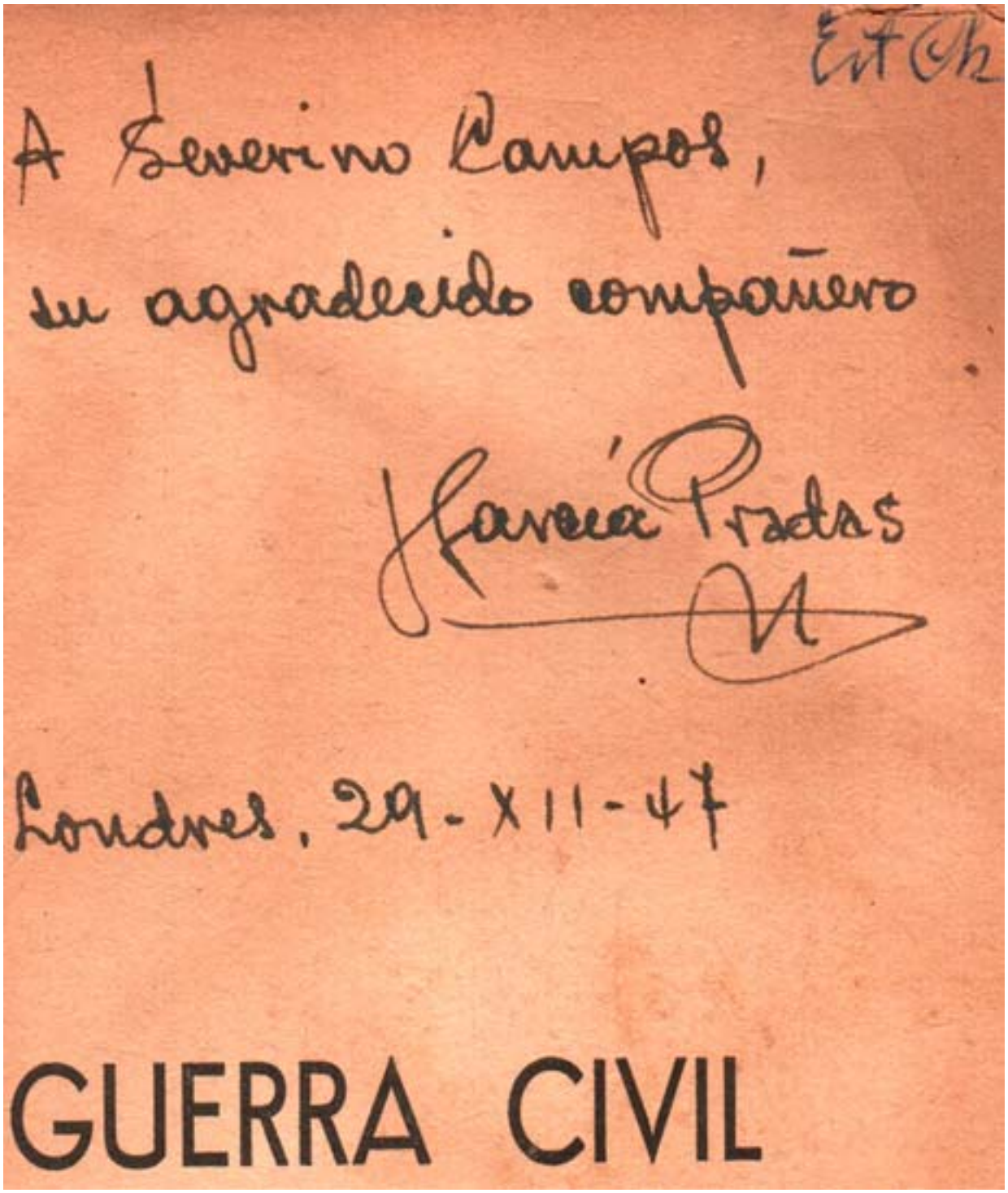

Ext Ch

A Severino Campos,
su agradecido compañero

J García Pradas

Londres, 29-XII-47

GUERRA CIVIL

GUERRA CIVIL

J. garcía Pradas

«Pasquines, elegías y proclamas
con que invade las costas españolas
mi angustia de alta mar, que catorce olas
al soneto le da, de sangre llamas…»

DEDICATORIA

To Josephine

Just ashes in the wind my flesh may be,
but if you, without me, can live at all,
while my name in your heart has a recall
these verses will be alive and talk of me:

Not to the world, as to the storm the tree,
because trees in the storm soon broken fall,
but to you, love ashore, quick to the call
of my soul in the gale, lost in high sea.

They will show you my creed by blood and fire,
very deep in my heart my pen in pain,
thirsty of justice my mouth raging with ire,

and you, sweet as a dove in a hawk´s claw,
shall be proud that my hand, fighting for Spain,
tears, wild, like a lion´s tearing paw.

MENSAJE A MIS COMPAÑEROS

A fine de 1943 recibí en Londres una carta que, desde España, consiguió enviarle el compañero que en mejores años me llevó a dar el paso -decisivo en mi vida- de ingresar en el Movimiento Libertario, y, al conjuro de su nombre, las causas de nuestra vieja amistad se reavivaron de nuevo, pese a todas las cenizas de tiempo y separación. En aquella carta se me pedía material de propaganda contra el régimen franquista, y la petición, que instantáneamente produjo en mi una violenta sacudida espiritual, de ningún modo quedar desatendida. En respuesta a ella, mi

[*] Digitalización KCL.

primer impulso fue hacer artículos para nuestra prensa clandestina en España, pero varias consideraciones me dieron pronto otro parecer. Los artículos ocupan mucho espacio, suelen pasar demasiado pronto, no quedan grabados en la memoria; además, enviados desde Londres a lo largo de una cuerda de enlaces, cuando fueran publicados ya no serán de actualidad. Yo quería enviar a España cosas breves, fáciles de imprimir en el papel y en la mente, no tan livianas y pasajeras como el articulo cotidiano, pero más densas y agudas. Como una revelación, vino a alumbrarme el recuerdo de los días de la guerra, en que vi cómo andaban de boca en boca los romances heroicos del combate, algunos de ellos míos. Y decidí escribir en verso: coplas o romances, pues romances y coplas son el habla y la canción de nuestro pueblo, desde su gesta de raza y corazón, de mente y verbo.

Pero las coplas me venían cortas, y los romances, un poco holgados; si éstos eran zaragüelles, aquéllas calzas prietas, de manera que con unos tendría que pecar por defecto, y con otras, por exceso. Así que, entre el riesgo de ser parco y el de dar en prolijo, salté a otra escala poética, y escogí el soneto, no porque me venga a la medida, que eso es cosa que pocos podrán decir, sino porque en sus tensos y en varillados catorce versos, ni uno más ni uno menos, y en su porte de cuartetos y tercetos, que no varían modas, queda completo y cabal, sin que le falte o le sobre nada, y si algo le faltare o le sobrare por perderlo o ganarlo en sus correrías de boca en boca, de por sí lo reclama o lo rechaza, y dice dónde lo requiere o le estorba, y cómo se ha de poner o quitar, sin que las cuerdas de centinelas de sus rimas consonantes se adormilen de asonancia o se dejen sorprender por la pereza.

Y como, de añadidura, según Quevedo mostró, en el soneto por igual caben los trenos del Profeta, las bizarrías festivas, el satírico denuedo, la moraleja sesuda, las mieles de un Petrarca y las hieles atrevidas de nuestro señor de la Torre de Juan Abad, al soneto acudí, pobre de todo salvo de fe y voluntad, para hacer estos pasquines de las paredes de España, estas elegías de la congoja española y estas proclamas que, de amor de soles, y querenciosas de arena, se me van a torear al ruedo ibérico.

Pronto conseguí enviar a España veintinueve composiciones de éstas, bajo el titulo general de «Pasquines», con el deseo de que algunas de ellas, si no todas, fueran puestas allá en circulación, bien en octavillas de engomado dorso, bien impresas al reverso de unas tarjetas postales, cuando no en los periódicos de la libertad, tan trabajosa y peligrosamente hechos. Pero era difícil hacerlas llegar a la mano amiga que las aguardaba, y sé que en España entraron, pero ignoro por completo que fue de ellas. He pensando muchas veces que hay un gran contraste entre el trabajo de escribirlas y el riesgo de publicarlas -de publicarlas allí, en España-, y me ha asaltado el temor de que pagase un antifascista, sorprendido con ellas en la mano, por el veneno que en las mismas puse.

No fue poco, pero nunca demasiado, y yo no puedo esperar que, al verles el raspe a algunos de estos sonetos, se les erice el cabello, de puro horror, a las gentes que, ya se han hartado de sangre en España, ya se han aplaudido la sarracina franquista, ya han sonreído la tortura de nuestro pueblo, ya han estado y están ciegas ante sus llagas y sordas a sus clamores. La única verdad, para nosotros, es el martirio de nuestra gente; y si el pensar en él no le bastase a cualquier escritor para hacer de su pluma un arma en lucha a muerte, tendría que bastarle su propio duelo, y el de su hogar; porque es que la tragedia nos ha tocado a todos, no ya de cerca -en las filas de nuestras amistades-, sino en nuestra propia carne y en el mismo corazón. Sin embargo, estos sonetos no tienen nada de decisivo para nuestro pueblo, y acaso no ha valido la pena publicarlos en España.

Al hacer aquella serie de «Pasquines» leí mucho a Quevedo, como casi siempre, y admiré sin limitación la valentía y el genio con que Goya dibujó sus «Desastres de la Guerra», sus «Disparates» y sus «Caprichos». Si hay un arte español, yo diría que ése es: el de aquel

aragonés esclarecido de tortura, sordo a ladrido de bracos, vidente entre visiones, recio de alma y de mano corajuda, estoico y batallador, implacable como el fuego, bravío como la garra, puro y claro –a borbotones- como linfa de hontanar…

A fuerza de beber a largo trago su aguerrido españolismo en sus dibujos, principalmente en aquellos tan patéticos, audaces y agresivos de «Los Desastres de la Guerra», surgió en mí la tentación irresistible de imitar, en verso, aquel inimitable, denso, laberintico y aterrador poema de sus líneas afiliadas y sus sombras en girones. Tal idea, fácilmente unas veces, con resistencia tenaz otras, ha venido a cuajar en esta obra que les en vio, poema de poemas, canto de cantos, capa de motín a retazos de alma, tumultuosa familia de sonetos en que cada cual inspira a vivir su vida, pero todos se avienen a la común, bajo el mismo padre autor y la misma madre de la intención, que ha sido una para todos. La idea vino de Goya, y, puesto atrabajar, pedí a Quevedo que me prestara sus trastos de lidia y muerte, de las burlas y las veras; y, entre éstas, cuco el ojo guiñador y armas al hombro el bigote de capitán de los Tercios, el buen hombre se desató en improperios contra necios y atrevidos, me zarandeó con sus refunfuños, y un buen rato se pasó antes de que el corazón le hinchase el pecho magnánimo, y aun pródigo; llegado lo cual, se aflojo de seño, torció el labio desdeñoso con su suave sonrisa de buen aquél, y me prestó sus trebejos. Si, pese a tanto, mi obraje es malo, no me sirva de disculpa el ser sólo un aprendiz en este arte peregrino, sino antes de acusación el haberme atrevido a usar, sin honrarlas, herramientas de alcurnia y prestigio tales.

«Guerra civil», en que los previos «Pasquines», quedan incluidos -a excepción de un soneto dedicado a Mussolini y otro a Hitler-, tiene el mismo carácter que aquéllos, y es obra de propaganda con cogollo de justicia. Del principio al fin, y dentro de márgenes razonables, al hacerla he sacrificado siempre, aunque a veces con un poco de amargura, los arrequives poéticos y las galas literarias a la claridad de expresión y, por consiguiente, de pensamiento; y, habida cuenta de que no escribía para melones de cuelga de provincianos Juegos Florales, ni para doctores y letradas gentes de modo particular, sino para obreros de callo en mano y angustia en corazón, que ni de saber se han enriquecido, yo, más holgado en mi angosta cultura, he escrito en tono llano y popular, lejos de berenjenales y virguerías de erudición, para hacerme entender hasta de chicos de escuela y no descarriarme. Además, este modo de decir y de andar a campo raso, cuadra bien a mi manera de entender la poesía.

Nada hay más sencillo, más entrañado de pueblo, que los viejos, antiquísimos romances de las Castillas, campeadores de siglos, que ni se apolillan ni se hacen polvo en el tiempo. No son poemas de gabinete, sino de calle, cuando no de cancha de degollina; de tumultuoso rondel de plaza, si no de bulla de plaza de armas; no joyas en dije o mortajas de sepulcro, sino aleluyas de cuna, villancicos de alborada, misterios y consejas al amor de la fogata y el tasajo, canciones de romería, repertorios de ciego y tonadas de camino. su lenguaje, de tan recia y tan señor, a fuer de serlo, parecen niños; barajan nombres de personas y lugares con el pozo de quien pulsa quedamente las cuerdas de la guitarra y escucha todo el decir de la voz de cada una, con el arregosto de quien una bodega prueba los caldos más viejos, y con el fino gustillo de un par de gotas de cada cual tiene bastante para ver las mismas tierras en que cada una se azucaró; corre por ellos una frescura de aura de brezos y arroyo umbrío, cuando no los enciende un sol de páramos polvorientos y un vaho de hazas a punto de sazón: se reaniman a cada dos o tres frases con un zumo de vinagres alivianados de madre con sólo el beso del aire macho, y huelen a trigo en troj y reineta en arca, sobre sabernos a gloria de pan y vino.

Esos romances de padre desconocido, recios bastardos del gayo titirimundi metrificado por el mester de clerecía, hablan de cosas que a cada instante pasan y vuelven, de hombres hechos figuras -no figurones-, de los modos de obrar y vivir, de hambre de todos y sed de todo, de bregar de pueblos y trajinar de costumbres, de quedar de hombría y mudar de leyes, de rebeldes arrogancias, grandezas de gesto y gesta, villanías bien vengadas, odios y quereres de

cada quisque, anhelos y desengaños, aspiraciones y duelos, consejos en adagio y avisos en refrán; Diciéndolo todo de un modo tan épico, tan político, comunal y de Concejo, que escuchando oye uno clara la voz de su destino, siente en su sangre su raza, su tierra bajo los pies, en su vida su tiempo, y se remonta en un vuelo de ansias de ser humano, terrenal y eterno, sin limitación de raza, país o edad.

Esa poesía de todos, y de cada uno entre ellos, es la que hace las literaturas, porque es sentir de pueblos y verbo popular; y es política pura y de raíz, quintaesenciada de savia humana y jugo social. Esa es la que, pese a todos los estragos que en abuso de escribas sufra el gusto artístico, que de seguro nunca es aquel que sus pitonisas y contempla nubes nos suelen meter por tal, siempre gusta, sencillamente porque interesa, porque nos dice algo a todos y, más que intentar movernos, nos conmueve sin intento. No logra tanto la lírica, que se ensimisma y empequeñece, se hace una bola como el erizo, se involucra en aislamiento y da, a escondidas, en todos los narcisismos de nuestra enana personalidad, salvo en los casos excepcionales en que surge alma afuera y trae algo que no importa de qué corazón viene, porque viene a todos, como las Coplas de Jorge Manrique o «El Cristu benditu» y «El embargo», ante cuya verba ruda nos decía Margall: «Poesía es esto».

De donde yo considero, confortado de lecciones de experiencia, que tal es la poesía que hay que hacer en nuestro tiempo, si no en todos; tiempo de gesta y descubrimiento, de entraña en fuego y ojo aquilino, que deja ya atrás los días de todos los dadaísmos descoyuntados, de todas las decadencias desmeduladas, de todas las florituras de la pamplina, en todos los cenáculos de maulas, de todos los cucuruchos y de todos los bombones. Nuestras ansias piden una poesía de abanderados, tras la que vaya un turbión de herramientas y simientes; de la calle y el regato, de la vega y el mar, de la montaña y la mina, del pensar y del hacer, para que, siendo palabra, tenga a sus lados, a fin de formar nuestra santísima trinidad, pensamiento y obra. Poesía de lo que llaman «masa» los amasados en las artesas del dogmatismo a la vista, y pueblo, como siempre, los demás, épica pura, ya de tambor de combate, ya de tamboril de fiesta, y ora de corcel de guerra, ora de yunta de mulas a paso de laboreo; con lo que fuere, que sea mucho más humana que personal, más social que individual, de menos lirismo egocentrista y liliputiense, más agigantada de envergadura política y más alta de vuelo universal. Que el poeta profese de profeta, y aun de profeta en su patria, y al cantar cante de paso y para todos, como aeda sin más rumbo ni otra voz que el destino de su pueblo y el bien de todas las gentes.

Pero dejadme decir, pese a ser tan obvio, que hacer poesía política no es lo mismo que invitar a la «política» a sentar plaza de poesía. Cada cosa en su lugar, y uno para cada cosa; máxima de buen sentido tenderil, que yo, sin olvidarla, ni siempre he respetado en esta obra, pues así como hay poetas que, llevados de la rima, dicen lo que ellas les dicta por boca del consonante, yo, a remolque de mi propio pensamiento político, he hecho algunos sonetos que nada tienen de poéticos, ni siquiera de ingeniosos y pulidos, no me pesa haberlos hecho, porque los creo necesarios en la obra, a la que sirven de mente y clave, de buscapié y de razón; pero no doy los tales por admisibles sino amparados de excusas. Y de ellos quiero hablaros, no ya desde el punto de vista literario, que no admite vuelta de hoja, sino desde el político, de manera que, en vez de fijarnos en sus palabras, calemos y discutamos su pensamiento. El cual, pues que de nadie lo copio, si bien lo he barruntado algunas veces en luminosos atisbos de Malatesta y del americano Thorstein Veblen, tal vez tenga sus puntas de heterodoxo aun entre nosotros mismos, como quiero haceros ver.

Hay una infinidad de teorías y opiniones acerca de la naturaleza del Estado. Cuando, a partir de la Reforma, y sobre todo después de la Revolución francesa, la autoridad empezó a tomar la plaza de la divinidad, fue lógico que el Estado tomase la de la Iglesia, y así vino a ser, con arreglo de la terminología o a la carraspera hegeliana, la representación política de la Idea divina, el advenimiento de Dios a la tierra con mostacho bismarckiano, el padre y el mayoral de

toda la sociedad. Al empezar la revolución industrial y aparecer a su zaga el proletariado moderno, surge la idea del Estado de clase, que todos los internacionalistas del 70, ya del lado de Marx, ya del de Bakunin, aceptan por igual, si bien deduciendo de ellas dos tácticas diferentes, que podemos resumir con la palabra «conquista» y «destrucción». Quiso el marxismo conquistar la «máquina» opresora y opresiva del Estado, para oprimir con ella a la burguesía, y demás zaranjadas de que todas estamos, enterados y al cabo de la calle; de manera que, una vez destruida tal clase privilegiada, todo fuera coser y cantar, el Estado «proletario» o «la dictadura del proletariado», «máquina» opresiva demasiado abstracta en las visiones que de ella tenían los neo-hegelianos que las echaban de muy materialistas, se moriría de tedio, cansado de no hacer nada o, según el decir galano del profeta menor, Engels, se marchitaría como flor al irse la primavera, pasaría al museo de antigüedades o, más miserablemente, al montón de la chatarra. Y quiso el bakuninismo, si por accidente histórico cabe dar el nombre al anarquismo, destruir al Estado en sí, burgués como era entonces, y no admitir su reconstrucción en nombre o a instancia del proletariado, por la suprema razón de que todo Estado supone el uso y el abuso de la fuerza: tiranía. La Rusia bolchevique prueba «a posteriori» -y esto es lo trágico para todos, principalmente para el proletariado ruso- lo que «a priori» ya tenían probado por axioma, teorema, corolario y escolio nuestros teóricos todos, de Lao Tsé a Zenón en las remotas culturas china y griega, y en la occidental moderna, de Voltaire y Diderot a Godwin y Proudhon, Malatesta, Kropotkin, Reclus y Pi y Margall.

Pero la revolución rusa a probado mucho más, y al confirmar los resultados de la desastrosa revolución bolchevique han venido todas las fascistas de los años posteriores y vienen, muy de prisita, bien que a la chita callando, las evoluciones pacificas y discretas del Estado creciente en Inglaterra y en los Estados Unidos; y, a la vista de lo que ha ocurrido y está ocurriendo –sin necesidad de apelar a la previsión de lo que va a ocurrir-, los camaradas marxistas de todos los estandartes y apelativos van a tener que pensar que el misterio de la encarnación está más claro que el agua en comparación con su creencia o su aserto de que, una vez que el Estado «proletario» destruya a la burguesía, nos hallaremos en una sociedad igualitaria y sin clases del «cero y coma». Porque lo que ahora se ve es que el Estado moderno, bajo cualquier mote que se le ponga, no es el servidor y representante de la sociedad -que nos dibujaron ciertos metafísicos metidos en dibujos-, ni el servidor y representante de una clase social ajena a él mismo -que nos pintaron, al fresco, docenas de adocenados dialécticos-, ni las otras mil cosas que unos dicen y otros creen, sino un poquito de todas ellas y un mucho -casi todo, y más a cada paso- de otra bien distinta: una clase dentro o encima de la sociedad. Pero clase de por sí, y aun la mejor definida, más organizada, de más firme estructura, de más hondo sentido clasista, de más tenebroso poder atávico, de mayores recursos -arma, ley, papel moneda-, de táctica más sutil y de más amplia estrategia: la clase del Poder, la autoridad hecha clase, la máquina de los metafísicos haciendo alarde de ser un organismo de carne y hueso, y el apartado civil, trocado en quiste social. Que el proceso de autoridad a sociedad a través del Estado no hace sino repetir el de divinidad a humanidad a través de la Iglesia, fase por fase y punto por punto; y la clase social privilegiada en que aquellas se convirtió en los tiempos del Papado omnipotente es el espejo en que la clase estatal se mira ahora, cuando el Estado es todopoderoso.

Apunté esto años atrás -«Antifascismo proletario», tomo I; Madrid, 1938-, y he escrito después acerca de ello, más ampliamente, en «Cultura Proletaria», nuestro semanario neoyorquino; pero creo que el asunto merece más insistencia, no sólo porque la idea del «Estado-clase» que la realidad nos da, desbarata en un solo golpe a todas las falsas presuposiciones en que el marxismo basa su táctica de la revolución, sino también porque confirma de verdadera la táctica anarquista con argumentos más eficaces, desde el punto de vista político, que los de carácter netamente filosófico, exaltadores de la libertad.

Si he de aclarar esto, permítaseme decir que, aunque tengamos libertad por aspiración ingénita, tan avezado está el mundo a vivir sin ella, que las aberraciones de la tiranía y la esclavitud han hecho estragos en la personalidad humana, y no sólo individuos aislados, sino clases enteras y pueblos completos han dejado de sentir todo anhelo libertario, parece que sólo aspiran a comer y echar barriga; lo cual explica porque nuestra propaganda, que apenas hace otra cosa que exaltar el valor espiritual de la libertad, muy pocas veces tiene la eficacia precisa, y es tomada a menudo por chifladura. Si, a la vista de esto, nos tomamos las molestia de advertir a las gentes que el Estado es, además de un instrumento de tiranía, una clase social privilegiada, que por su propia naturaleza aspira a usurpar, no sólo los derechos y los bienes de alguna otra clase, sino los de toda la sociedad, ya sea burguesa, ya proletaria, y somos capaces de probar tal aserto ante todos los oyentes, nuestra esperanza de enfrentar pueblos enteros con los Estados que los dominan será robustecida por las mejores posibilidades.

De otra parte, la interpretación marxista de la lucha de clases no nos basta para entender ciertos procesos históricos, tales como el español de los cuatro siglos últimos, el japonés del postrero, el alemán de la égira prusiana, etcétera; procesos que aparecen claros a la luz de esta idea del Estado señor de la nación, del aparato civil trocado en clase social.

La historia de esos tres pueblos que acabo de citar, en los periodos ya señalados, no es la suya propia, y mucho la de las clases a-estatales que los integran, sino principal y aun casi exclusivamente la de la Estados que los gobiernan, pastorean y ordeñan.

Si en los artículos de «Cultura Proletaria» me fue imposible explicar -o explicarme, que tanto monta- las revoluciones modernas sino recurrir a esa clave del Estado-clase, en estos sonetos de «Guerra Civil» no habría podido seguir el proceso de nuestra Historia, principalmente la de los últimos tiempos, sin apelar el agudo lazarillo de la misma teoría. Según la cual, la diferencia entre estado y régimen es tan obvia como la distinción entre persona y traje. Y el hábito no hace el monje, como ahora vamos a ver.

¿Quién entenderá la tragedia española, sobre todo sus actos más recientes, si se obstina en creer que el Estado se identifica como la nación, con el régimen o una clase cualquiera ajena a él, como la burguesía? Nada de eso es cierto, a mi entender. El Estado español, por lo menos desde Carlos V a Franco primero y último, es un cuerpo extraño a la nación, ya netamente extranjero, ya extranjerizo, e impuesto o superpuesto a ella, que de cuando en cuando,. Y a fin de vencer a la totalidad nacional, se ha aliado ciertas partes de la misma. Ese Estado, bajo la monarquía austriaca o borbónica, bajo la República castelarina del 73 o bajo la infausta de los bienios «rojo» y «negro», sea con intrigas o cuarteladas, con camarillas o Cámaras, siempre ha sido uno y el mismo; y si no hay mal que por bien no venga, el régimen «nacional-sindicalista» ha venido, por fin, a dar a ese estado la ocasión de quitarse la careta.

Cuando, en Madrid, dirigiendo «CNT» en los años de la guerra, quise cumplir mi deber de explicar a los lectores el conflicto, me di cuenta de que yo mismo no lo entendía y estaba sin idea -si bien con tópicos a espuertas- de lo que fuera en verdad. Pero su análisis me descubrió no un episodio vulgar de la lucha de clases entre burguesía y proletariado, ni una zaragata de banderías políticas, ni una invasión cruda y monda, sino un poco de todo eso, por accidente circunstancial, en el choque del viejo Estado y el nuevo pueblo, entre la dictadura y la revolución; entre España, de nuestro lado, y la anti-España, del otro.

Dese entonces, jamás puedo olvidar la petulancia con que Casares Quiroga, a la cabeza del Consejo de Ministros en las vísperas sicilianas de la insurrección de Julio, declamo en las Cortes que, frente al fascismo, «el Estado sería un beligerante». No se había extinguido el eco de su voz, todavía aplaudía sus palabras todo buen republicano, cuando el mismo Estado -¿Qué otra cosa son el Ejercito, la Armada, la Guardia civil, la Policía etc.?- se sublevó entero,

de cuajo, contra la República y contra el pueblo, por la sencilla razón de que la primera ya no le bastaba para aherrojar al segundo. Bajo otra situación circunstancial, lo mismo ocurrió en Octubre del 34, solo que entonces, como la República había caído en manos de quienes iban a dar carta blanca a la clase estatal, los generales a su cabeza, desde el monárquico Franco al masón López Ochoa, batieron al pueblo en el santo nombre de la República, contra cuyo estupro se empezó a luchar, tanto en Cataluña como en Asturias. El fascismo, el monarquismo, el tradicionalismo, el catolicismo, el capitalismo y demás «ismos» a que el Estado rebelde acudió a partir de su alzamiento en el 36, no han sido sino capas de barniz, bajo las cuales siempre se vio la veta de su garrote. La Guerra Civil fue -y es todavía- principalmente un combate a muerte entre el Estado y la nación; combate que ni fue el primero ni será el último.

De esta idea del estado-clase, más que de la lectura de nuestros maestros -que, dicho sea de paso, todavía lo han de ser por muchos años- surge mi opinión acerca de las tareas que nos incumben y mi visión del futuro de España. Si el Estado es la clase del Poder, el político que lo «conquista» no hace otra cosa que ser conquistado por él, y en la conquista mudar de clase, renegar de la suya de origen y pasar a la más poderosa, que acabará siendo la única privilegiada. Es lo que hacen todas las ratas sabias del mundo financiero. Los capitanes del dólar y de la libra esterlina, los poderosos banqueros de la City y Wall Street, saben muy bien que, en estos tiempos, la única manera de conservar su poder es refugiarse en las ciudadelas de Washington y Westminster, cambiar el traje capitalista por la librea estatal...

Si todos las Partidos políticos tienden a la conquista del Estado, pues que sin ese propósito holgaría su existencia, no hay uno que no pretenda identificarse con él, y a ciegas o a sabiendas, todos, en potencia, son enemigos del pueblo, por noble que sea la intención que les anime. Pues parece que alguien vino del infierno con el soplo de que está empedrado de buenas intenciones… La política estatal o estatalista, bajo cualquier bandera que actúe, si no es próspera da una democracia de chicha y nabo, tras la que el Estado se corrompe y crece, corrompiendo a su vez a los Partidos con un régimen de turnos, yernocracias, timocracias y favores: si lo es y navega viento en popa, siempre acaba en dictadura del Estado sobre la nación, y cuanto más vigor tenga y más activa sea, tanto más avanzará, fatalmente, hacia las superestructuras totalitarias, absolutistas y negativas, de un neo-feudalismo encasillador, sangrador, amolador y pendenciero.

La política nacional o popular, si ha de ser algo, será a-estatal, an-arquista de por sí, anti-estatal y anti-autoritaria en función; y si ha de salvar a la sociedad presente, no se pagará de credos, sino de oficios; no de dogmas, sino de profesiones; no de «programas políticos», sino de procesos técnicos; y sus órganos no serán los Partidos, sino los Sindicatos, que el Partidos parte y el sindicato sindica, uno casca y otro brega, aquél manda sin crear y éste crea sin mandar; socializa uno los hombres, que no valen un pitoche si pierden su vida propia, y otro los bienes, con que cada cual puede vivir de por sí, y aun dar su talla.

Aserto, ése, que yo no fundo únicamente en la idea del Estado-clase, sino más y mejor en la misma contextura de la técnica moderna, que, sobre probar que el vinculo social más firme es el trabajo, va colectivizando o socializando de tal manera todos los procesos de producción -aun en el seno del régimen capitalista, y a pesar de su inmenso sabotaje-, que de por sí reclama la socialización de los productos mismos, no ya por imperativo político o moral, sino por cruda razón técnica. Y, entrados en tal periodo histórico, no es sino una locura, botaratada y desbarajuste seguir rigiendo la sociedad como si fuera casa de orates, como si tales exigencias técnicas no existiesen, en nombre de opiniones y pamemas y a través de Partidos completamente anacrónicos, vueltos de espaldas a la realidad. La economía de nuestra época nos impone, sin preguntarnos si nos agrada o no, considerar el todo social -mañana será el humano, sobre todo el Globo- como un solo proceso técnico, como una sola empresa de producción administrada íntegramente por sus cuerpos profesionales, en los que cada hombre

tenga por carta de ciudadanía su carnet de productor, y a través de los cuales, socializados los medios de vida, vengan a ser libres e individuales los modos de pensar y de vivir.

Volviendo a España: no se salvará mientras no se libere, de una vez y para siempre, del Estado que la viene esclavizando de hace siglos, destructor de autonomías y organismos comunales, aniquilador de la revolución en que España entraba entre los siglos XV y XVI, devorador de nuestra riqueza y de nuestra carne, antítesis horrenda de nuestro destino y de nuestro genio -universalista aquél y libre-albedrista éste-. De estar sometidos a esta negación brutal de nuestro modo de ser, de nuestra autentica idiosincrasia, nos viene este madurar en el fracaso y este soñar en la frustración, este amor a la patria chica y esta lidia permanente de la grande, este sentirnos llenos de todo y hallar vacío cuando logramos, esta perenne insatisfacción de ave sin aire y pez sin agua, esta traza de pueblo no invertebrado, sino roto de badallo y, en fin, el vaivén, el altibajo y el desequilibrio histórico en que estamos sucumbiendo, agonizando del todo al nada, de la cumbre al abismo, de la afirmación a la negación. A seguir así, gobernados por loqueros, que nos ponen la camisa de fuerza cuando rasgamos la de once varas, convertiremos España en un manicomio, y ciertamente no suelto.

Tal ocurrirá si, perdiendo la experiencia de la Guerra Civil y las más desoladoras del periodo inmediato posterior, amén de la ya elocuente de la segunda República, cambiamos de régimen político y no de normas sociales, que tanto fuera mudar de dieta sin operarnos la úlcera que nos corroe la entraña. Y no pasaremos de mudar de régimen, de apariencia, mientras los partidos políticos anden a la greña y pierdan el…tal por darle sus antifaces al bandido del Estado. No hay más salvación que la que puedan traer nuestras fuerzas sindicales -C. N. T. y U. G. T.-, unidas en la reconstrucción económica y social e España, que, con ellas por base y estructura, debe convertirse en una comunidad de hombres libres, una comunidad de trabajadores y una comunidad de bienes. Todo lo demás será, no ya aburrido pasatiempo, sino caos y tañido de cencerros, navajazo de reyerta o puntillazo de matarife. ¡Hemos de verlo? Dependerá, en buena parte, del pueblo productor -mano de obra e intelectualidad profesional-.

No cabe duda que, de estar en España -entre vosotros, compañeros en quienes especialmente pensé al hacer estos sonetos- habría escrito de manera un tanto diferente; sabría mejor qué exaltar y qué abatir, qué defender y qué condenar; pero acaso, también, por tener el tema delante de los ojos, mi trabajo acerca de él no tendría ni aun pretensión de perspectiva histórica. Debo añadir que aquí, a distancia, no he andado a la husma de hombres, sino que usado mis armas de francotirador contra «tipos». El «Caudillo» mismo no el General Francisco Franco Bahamonde, sino el General Felón, el Traidor, el Verdugo, el Asesino de su pueblo, y antes se llamó Narváez, Pavía, Serrano… Los ha habido a centenares. Otro tanto digo de las gallináceas de su corral; sólo son tipos.

Una cosa me duele: nuestro pueblo ha cometido tantos mártires, que no hay manera de recordarlos nombré por nombre, y destacar el de algunos de ellos -Companys, Zugazagoita, Juan Peiro…-, casi es negarles el merecido tributo a otros. Y así ocurre también con nuestros héroes, bien de la guerra, bien del terror en la paz… Me he atrevido a tomar sólo un nombre, el de Durruti, y eso porque la figura de nuestro gran compañero creció tanto en la contienda, que ya no es sólo nuestra, sino de todo el pueblo español. Las de cinco escritores, que aquí evoco, no vienen de lo que el fascismo le quitó a España en el orden espiritual cuando empezó a borrar nombres egregios.

También debo advertir que en “Guerra Civil” no se menciona a la mujer, por dos motivos: si estuvo o está con la morralla fascista, más vale no nombrarla, si de nuestra parte, se confunde heroicamente con el pueblo, es carne de su carne, y hablar de él es hablar de ella. En cuanto a desertores, algunos hemos tenido, y yo prendo y crucifico el tipo vil peor de ellos: Manuel Azaña. “La velada en Benicarlo”, ese libro escrito por el Ultimo presidente de la República en la

paz mediterránea cuando el pueblo, bajo banderas republicanas, se rompía el forro cerrándole al fascismo el camino hacia Levante, es algo tan repulsivo y sin nombre, que ni descrito se concibe ni aun leído se cree; y el miserable que lo escribió, muerto o vivo, republicano o fascista, para el pueblo es un traidor de igual calaña que Franco, llevándole de ventaja su cobardía de gabinete, su alevosía de entre cortinas.

Hay otra cosa que me pide unas palabras: la conducta de Francia respecto a los exiliados. Yo no conozco ese país lo suficientemente bien para decir, sin miedo a error, qué es lo que ha ocurrido en él: si, podrido el pueblo de arriba abajo y de derecha a izquierda, ha corrompido al Estado, o si, putrefacto éste, descompuesto de la médula a la piel, ha corrompido al pueblo. Lo cierto es que la podredumbre es mucha y afecta al Estado entero y, total o parcialmente, a todos los tejidos sociales del país sólo así es posible creer lo que en Francia ha ocurrido, sin protesta vigorosa, ni aun perceptible siquiera, con los refugiados españoles. ¡Qué digo españoles: de todos los países en que el nombre de Francia todavía sonaba a libertad!

Nadie querrá, entre nosotros, despertar un chauvinismo anti-francés, cualesquiera que sean las ofensas que de Francia hayamos recibido, o las heridas que en carne española abriera; pero, ciertamente, Francia nos debe una cuenta, una sentida reparación, y, o la paga, o por mucho tiempo, cada vez que se asome al Pirineo, encontrará en España un airado enjambre de resquemores. De cualquier modo, nunca nos falle la fe en los pueblos. El francés ha aprendido, a partir de 1.940, a qué extremos conduce el relajamiento del valor cívico y qué es posible esperar de un Estado venal y patriotero, agusanado y bochornoso, que ha traicionado a su pueblo, tan cochinamente como en el 71, bajo las armas del invasor. La lucha de ese pueblo contra éste, una vez que se ha visto entre sus manos, permite esperar una regeneración rápida y honda, que no llegará mientras los franceses no metan mano a su Estado con denuedo semejante al que derrocharon en el ataque al invasor; y si llega, tal vez ello baste para que Francia gane de nuevo nuestros menos que una revolución.

Acabo ya, compañeros; les envío esta obra con un gesto de homenaje y en señal de admiración por vuestro heroísmo de combatientes. Que en cada palabra les lleve mi saludo fraternal, y que sus versos, de vuelta al pueblo que los inspira, rían y lloren con él, canten y griten en sus gargantas de valle y de volcán, besen heridas y quiebren grillos, sean rojas amapolas de sus campos tristes y estrellas de la noche que se esfuma ante los hierros de sus prisiones; que cada una de estas estrofas sea latido de sangre en sus pulsos esposados, gallarda crencha se su altivez, gesto audaz de su arrogancia, girón de su alma en tormento, gemido interno de su dolor, desplante airado de su desprecio, y cada soneto, con su mensaje de lucha, sea pistola de esquina, crepón de duelo, bandera de rebelión. Vaya, por fin, con toda la obra, mi encendida esperanza de que muy pronto suene la hora de la española liberación. Todo llega en este mundo, y, según Tirso,

“No hay plazo que no se cumpla
ni deuda que no se pague”.
J. G. P

AUTOR, HERRAMIENTA Y OBRA

UNO DE TANTOS

Yo soy sólo una lágrima del río
de un pueblo que, en prisiones encauzado,
ya se estanca o ya ruge desbordado,
que en la presa se le hace el llanto brío.

Surgí en el manantial del albedrío,
que jamás en mi España se ha cegado,
y, a fuer de independiente, despeñado,
di en el curso del pueblo con el mío.

Perdido en su caudal claro y profundo,
con él fui bajo el sol de la pelea,
bajo el fúnebre sauce del dolor,

y al rodar, río abajo, al mar del mundo
de la fuente breñosa de mi aldea,
me llené de su angustia y su fragor.

EL SONETO

Catorce versos tienen los sonetos
de tal modo en estrofas combinados,
que los ocho primeros, enlazados,
dan, con rimas iguales, dos cuartetos.

Los otros seis se agrupan en tercetos,
de dos en dos o tres en tres rimados,
pero nunca los seis en pareados,
pues no brillan a pares como escuetos.

Cada verso tendrá, sin ripio alguno,
once silabas métricas, y tanto
lírico acento, que se ondule y vibre.

Para el tema será el verbo oportuno,
tendrá ritmo el poema como un canto,
y el poeta, en su cárcel, será libre.

“GUERRA CIVIL”

Pasquines, elegías y proclamas
con que invade las costas españolas
mi angustia de alta mar, que catorce olas
al soneto le da, de sangre llamas;

gallardetes insignias y oriflamas
de un navío que, en corso, lucha a solas
y arrojando va en playa y rompeolas
versos bruscos como un batir de escamas;

cantos de odio, congoja y buena nueva,
que al entrar, con las mangas a los codos,
en la lid de la guerra de guerrillas,

consigo cada cual mi vida lleva
y a España, del exilio, vuelvo en todos,
tras años de remar a sus orillas.

INVOCACIONES[1]

A DON FRANCISCO DE GOYA

Fue el tuyo un arte de rodilla en tierra,
y en su campo tú fuiste el guerrillero
que, ganando una baza si es certero,
la partida de un tris pierde si yerra;

fue aquel que, en tus “Desastres de la guerra”,
no feliz con ser justo, es justiciero
y, al azar de aquí mato o aquí muero,
quema sus naves y de frente cierra.

Fue un arte en zafarrancho de combate,
que alumbró con la tea el “Disparate”
tras poner se en España, rojo, el sol…

Fue un arte que se fue derecho al toro,
y al tener la justicia por decoro,
descubrió lo que es arte en español.

[1] En el libro editado por Tierra y Libertad, cada subtítulo empieza con la palabra Guerrilla precedido por un número, empezando con el I en esté y así sucesivamente hasta concluir el libro con el número Guerrilla XXX, en esta edición electrónica hemos decidido suprimirlo, (nota del KCL).

A DON FRANCISCO DE QUEVEDO

De audacia a mi valor tu valentía,
tu carácter mordaz al mío rudo,
y aunque nada me dé tu ingenio agudo,
seguirá tu camino mi osadía;

valgas me tú, cara a la lid, de guía;
ya de arenga tu nombre, ya de escudo,
y el castellano, en mi decir desnudo,
será espada, y aun rayo, en la porfía;

pues igual que la tuya mi alma siente
y al tirano, contigo, lanzar puedo
la altivez de tu epístola valiente:

-“No he de callar, por mas que con el dedo,
Ya tocando la boca, ya la frente,
Silencio avises o amenaces miedo…”

A DON QUIJOTE DE LA MANCHA

Oh genial caballero de aventura,
Cristo iluso de todas las Españas,
Cómo niega la risa de sus hazañas,
Y el llanto, cómo niega tu locura!

Tu grandeza y, al par, tu desventura
surgen de esa ilusión con que te engañas
al creer, por llevarla en tus entrañas,
que el mundo en torno a ti tiene cordura.

Tú, señor, estás de ella tan poseso
tan cuerdo de intención y ánimo eres,
que el mundo, de ambos loco, tal te llama.

Si, alma afuera, no es más que hábito el seso,
dignidad de alma adentro tú lo quieres,
y es llanto en tu ideal, risa en tu fama.

AL ALCALDE PEDRO CRESPO

Oh roble que en el recuerdo se recrea
y en tierra concejil raíz echara,
qué madera te dio más noble y rara
la savia popular de Zalamea!

Si el rayo de truncó, que cada aldea
saque de ti para su alcalde vara,
y al tomar desagravio, de honra avara,
fiel vara de medir del pueblo sea.

Que esa vara, aceptando el desafío,
del fuero militar, que es desafuero,
quiébrele, hecha garrote, la cerviz,

y si a tanto no llega nuestro brío,
válganos el retoño justiciero
que en su día dé, Crespo, tu raíz.

GENIO DE FUENTEOVEJUANA

Si España, en este airón de rebeldía,
la plaza de la historia cedió al arte,
no el águila imperial en su estandarte,
sino al fénix de Lope yo pondría;

y este fénix de ingenio allí sería
fénix del genio con que, edad aparte,
tú resurges, España, al conjurarte
contra todo tirano tu ANARQUÍA.

Siglo a siglo, hasta aquí desde tu cuna,
si tu agónica voz llama a Concejo,
cada plaza es tambor de rebelión.

Siendo así, y así fue Fuenteovejuna,
su audacia a tu dolor sirva de espejo,
y alce el “Todos a una” la nación.

MADRE ESPAÑA

MAPA

La península Ibérica es la copa
del altar marroquí en labio europeo
y, al par, grecolatina, un camafeo
que le prende a Occidente el sol por su ropa.

Es nave que, según si a proa o popa,
hiende el mar de Colón o el de Odiseo,

y es, prendida al balcón del Pirineo,
piel del toro de fábula de Europa.

Cruzan sierras y ríos su paisaje
como cuerdas y sombras de cordaje
la morisca beldad de las guitarras,

y une genio y figura de tal modo,
que en Lisboa y en Denia saca el codo
de hembra de armas tomar, que reta en jarras…

DESTINO

Rampando a cuatro vientos las vertientes
de mi tierra natal, vedla agobiada
por el sino de ser encrucijada
de dos mares y un par de Continentes;

vedla, en pugna de razas diferentes,
siglo a siglo quedar de odios poblada,
y, a la sombra maligna de la espada,
vedla hacer de sus hijos combatientes.

Mas notad que en el campo de combate
su semilla de gotas de granate
varias raxas mezclaron para hacer

un pueblo, de por sí individualista,
que con actos de fe universitaria
su destina ha de dar a conocer.

HISTORIA

Bien podrían los versos de Almafuerte
-“No te des por vencido ni aún vencido…”-
ser leyenda de España, que se ha erguido
cien veces, inmortal, sobre la muerte.

Su destino mentís es de su suerte,
sus leyes con su ley ha desmentido,
bajo todas las fes se le ha tenido,
y en cadenas de fuerza, ánimo fuerte.

Círculo negro, más de rojo centro,
donde salen antorchas de la hoguera,
pero el mismo infinito cárcel es,

aquí el pueblo español, libre por dentro,
nos lo pintan de esclavo por de fuera
y está, a fuer de reveses, del revés.

TEMPLE

Quien de España tomó su enjundia humana
y ha bebido la vida en su venero
siempre lleva en sí el mártir del “no quiero”
y el héroe del “no me da la gana”.

Tal fue ayer, tal es hoy, será mañana
quien, siempre en lucha a muerte por su fuero,
no ha rendido jamás su ánimo entero
desde la edad de la invasión romana.

Todo está como entonces en su tierra,
donde poderes a su vida extraños
cárcel la han hecho en paz y circo en guerra;

mas, contraria a su ser la tiranía,
si ha sufrido su yugo dos mil años,
fue en ellos un combate cada día.

SUEÑOS

Sueños fueron, y nunca más logradas,
las glorias a que España alzó su vuelo,
pues, aparte las alas de su anhelo,
siempre ha tenido las demás cortadas.

Se les fue a sus grandezas más cuajadas,
cual si fuera soñado, el santo al cielo,
y aun dio, pese a escribir a contrapelo,
sus verdades Quevedo por soñadas.

Soñó Lope que “el grande y el pequeño
iguales son lo que les dura el sueño”,
y un sueño nos legó en “Fuenteovejuna”;

preso Cervantes, su “Quijote” sueña;
Calderón, que “La vida es sueño” enseña,
Y en sus sueños cifra España su fortuna…

EJEMPLARIO

VIRIATO

Ay, primer español de mar a mar,
que en lo antiguo y lo heroico eres primero;
tú, primer ejemplar de guerrillero,
le enseñaste a mi raza a pelear!

Quien nunca hizo otra cosa que robar
te tildó, por deshonra, de cuatrero,
mas tu patria, que es pan, trabajo y fuero,
te venera como héroe tutelar.

Si un puñal de héroes sucumbiste,
tinto en tu sangre, su dominio extiende
por la tierra en que a Roma combatiste;

y, aun con él en la nuca, tu arrogancia,
cabalgando los siglos, nos enciende
con la arenga de fuego de Numancia.

JUAN DE PADILLA

Se hinco ante el verdugo la rodilla
que ante el rey se negó tu orgullo a hincar,
como el cuello que el trono ansió humillar
se dobló sobre el tajo, que no humilla;

y al caer, a cercén de la cuchilla,
tu cabeza soberbia en Villalar,
con tal cuño la Historia hizo acuñar
la moneda de mieses de Castilla:

rubio doblón por la labor batido,
con tu cara en su cara ennoblecido,
y en su cruz, con tu cruz de comunero;

si en paz, de todos pan en la ancha tierra,
pero escudo de todos cuando, en guerra,
nos quiere avasallar el extranjero.

EL EMPECINADO

Quién te viera otra vez espada en mano,
formar entre labriegos tu guerrilla
y acechar los caminos Castilla,
listo el ojo, y la garra, de milano!

¡Quién te oyera cantar luego en el llano
cuando, en paz, libertad fue tu semilla,
y, al oler la traición, vuelvo a la silla,
levantar tu país contra el tirano!

¡Quién pudiera olvidar tu amargo exilio,
tu cadena al volver, tu jaula en Roa,
y el cadalso en que nadie fue a tu auxilio,

y, ay, quién tuviera por misión la hazaña
de escribir cien romances en tu loa
y en ellos otro Cid darle a otra España!

LOS LIBERTADORES

Como un vuelo de cóndores, su fama
nubla el sol de las crestas de los Andes,
y allí donde tus hijos son tan grandes,
grande a ti su grandeza te proclama;

prendidas tus antorchas en tu llama,
jamás permitirán que atientas andes,
y a su luz, por el Mundo, España, expandes
la misión que, en tinieblas, te reclama.

Tu destino no fue el de la conquista,
ya que hoy, por dar ayer conquistadores,
sus grillos de opresión tu carne oprimen:

se lo dan a tu fe universalista
quienes, tal vez tildados de traidores,
redimiendo tus presas te redimen.

BUENAVENTURA DURRUTI

Palafox y Lanuza de Aragón,
libertad y justicia de su tierra,
tu recuerdo, que tanta gloria encierra,
campa allí con el aire de un león.

Tú fuiste el más gallardo torreón
en la Muralla del Madrid de guerra,
y allí fue un terremoto en una sierra
que partió tu corazón.

Como España os formó del mismo barro,
Tu nombre atruena el Mundo con el nombre
de Cortés, Belalcázar y Pizarro;

más, opuesto tu afán al de conquista,
tú par de esos titanes de hombre a hombre,
por hombría de bien fuiste anarquista.

DECADENCIA

EL IMPERIO[2]

[2] Una de las verdades fundamentales de nuestra historia es que la decadencia de la nación española es algo así como la sombra del auge de “su” Estado, y agigantándose éste con las empresas imperialistas de Carlos V, aquella sombra empezó a alargarse al salir el sol del imperio. Poco importa que en Institutos y universidades se nos haya dicho todo lo contrario. Quien estudie por su cuenta el periodo 1.500-1.700 hallará datos sobrados para deshacer todos los mitos y trampantojos de de la falsa tradición monárquica y católica de España, y verá con claridad, cualesquiera que fueren sus prejuicios, cómo, por qué y hasta qué extremo se arruinó nuestro país en dos siglos de milicia y de servicio, de imperio y catolicismo, de sometimiento absoluto al Estado y a la iglesia -ambos exóticos-. De esa época parte la tragedia española, la negación nacional, nuestra vida del revés, nuestro dolor de pueblo frustrado, nuestra locura de insatisfecho y de oprimidos. El contraste entre el mito y la realidad del Imperio «español», o entre la grandeza bélica del Estado y el desastre plural -pues que fue en todos los órdenes de vida- de la nación, pocas veces ha sido tan bien expuesto como en dos sonetos de corte magistral, uno de Hernando de Acuña y otro de Quevedo, de los que he traído sendos versos a este mío. Y aunque ambos andan por todas las antologías clásicas, creo que vale la pena reproducirlos aquí. Dice el de Acuña, rindiendo culto al mito católico-imperial:

AL REY NUESTRO SEÑOR

Y a se acerca, Señor, o es ya llegada
la edad gloriosa en que promete el cielo
una grey y un pastor solo en el suelo,
por suerte a vuestros tiempos reservada;
ya tan alto principio en tal jornada
os muestra el fin de vuestro santo celo,
y anuncia al mundo, para más consuelo,
un Monarca, un Imperio y una Espada.
Ya el orbe de la tierra siente en parte
y espera en todo vuestra monarquía
conquistada por vos en justa guerra,
que a quien ha dado Cristo su estandarte
dará el segundo más dichoso día
en que, vencido el mar, venza la tierra.

Y así contesta el genio agudo, realista, incorruptible, de Quevedo:

Al rendirse el Océano a Colón
y a los Reyes Católicos Granada,
nuestra gente a la guerra fue lanzada,
tras perder su inicial revolución.

Sometida al Estado la nación,
si es que no en Villalar decapitada,
de «un Monarca, un Imperio y una espada»
ya fue vaina, ya tercio, ya bufón.

Si angosto el Mundo fue a sus latrocinios,
despojada se puso a hacer despojos,
y espejo cada cual fue de su suerte,

que el sol no se ponía en sus dominios,
ni halló en ellos en qué poner los ojos
«que no fuese recuerdo de la muerte».

EL SIGLO DE ORO

Si España nunca fue tan pintoresca,
no ha tenido jamás menos decoro
que en aquel de sus letras Siglo de Oro,
que a la mística unció la picaresca.

Siendo un mundo de rezo, engaño y greca,
sólo tuvo el trabajo por desdoro,
y el verbo sólo fue común tesoro
de hampones, clerigalla y soldadesca.

Si en afán de vivir se desvía,

AVISOS DE LA MUERTE

Miré los muros de la patria mía,
si un tiempo fuertes, ya desmoronados,
de la carrera de la edad cansados,
por quien caduca ya su valentía,
Salíme al campo**,** vi que el sol bebía
los arroyos del hielo desatados,
y del monte quejosos los ganados
que con sombras hurtó su luz al día.
Entré en mi cada; vi que, amancillada,
de anciana habitación era despojos;
mi báculo más corvo y menos fuerte.
Vencida de la edad sentí mi espada,
y no hallé cosa en que poner los ojos
que no fuese recuerdo de la muerte.

Tal es la diferencia que hay, por ejemplo, entre las ambiciones del tiempo de Felipe II y los desengaños de los días de Felipe IV.

«muero porque no muero» declamaba
la infeliz gusanera nacional;

mendigo era hasta el rey, y aun él hedía;
desangrado, el país se despoblaba,
y era sede del reino un escorial.

LA CAIDA

De los Austrias pasando a los Borbones,
fue de mal en peor la patria mía,
que, tras guerra civil, la Monarquía,
si extranjera otra vez, dobló sus dones…

bajamos dos a dos los escalones
del Poder, a ocupar la portería,
y España se humilló a la señoría
de quien antes lustrara sus tacones.

Al siglo de querer y no poder,
de tropiezo en tropiezo fue a caer,
exhausta, entre un cornudo y un felón:

fue un pingo entre el cachete y el testuz,
fue un real que, al ser jugado a cara o cruz,
quiso al aire atrapar Napoleón.

PUEBLO A SOLAS

Vendido por el trono en su desmayo,
y el estado a merced de armas ajenas,
si un pueblo gritó «¡Vivan las caenas!»,
otro pueblo nació en el dos de Mayo.

Como Goya lo vio, trágico y gayo,
del ruedo nacional en las arenas,
levantó las peinetas como almenas
y esgrimió la navaja como un rayo.

El pueblo se quedó, en la guerra, a solas
y, a sus anchas las gentes españolas,
tal guerra vino a ser revolución,

que en las Cortes de Cádiz ley fue el fuero
y, a la vez que el programa comunero,
renació, con el pueblo, la nación.

QUIEN MANDA, MANDA…

Destierro, cárcel, horca, tiranía
dio en pago el Rey Felón, de vuelta, a España,
y, estorbándole el mismo Malasaña,
la majeza redujo a chulería.

Ciencia fue el torear; pensar, manía,
para el rey que en Chamorro halló compaña
y aun, buen conocedor de su calaña,
de colega trató a José María.

Nos dio una Mesalina en su heredera,
por herencia dejó guerras civiles;
por cetro, las vergüenzas de cualquiera;

la Corona pasó a ser coronilla,
y al pueblo, sacristanes y alguaciles
le doblaron de cuello y de rodilla.

FINIS HISPANIAE

NUESTRA HERENCIA[3]

No heredamos ninguna gloria antigua,
sino el polvo de todas y su ruina:
ya un eco de la falsa isabelina,
ya un ¡ay! del moribundo en la manigua;

la República muerta a fuer de ambigua,
la hecatombe cubano-filipina;
de facción a cantón, guerra intestina;
de alzamiento en motín, troj muy exigua.

---

[3] Tengo el deber de manifestar que en este soneto contraigo una deuda con Pío Baroja. En uno de sus libros acerca de Aviraneta, aparece éste charlando con Zurbano, el guerrillero, en una fonda de la Guardia. -Aquí hace falta un hombre-, dice el de armas, violento y simple, dictatorial. -No- contesta el conspirador, agudo y complejo-; lo que hace falta es un pueblo… Y a mí me parece -me ha parecido siempre- que en esos dos tipos y en ese par encontradas opiniones fijó Baroja, con sencillez magistral y perdurable, nuestro dilema político. El “hombre” de Zurbano es el dictador militar, es la dictadura, y “el pueblo” de Aviraneta es el que empezó a surgir hacia el 1.870, entre la internacional y el Cantón de Cartagena; es la clase trabajadora, que al luchar redimirse redime a España, y al surgir como pueblo nuevo en nuestro país, reclama nuevas normas políticas, económicas, sociales, y se ve en la revolución. El “Hombre” y el “pueblo” son la dictadura y la revolución; es decir: la tiranía del Estado, de una parte, y la liberación nacional, de la contraria. Bien entendido que, como la clase trabajadora es el núcleo de la nación regenerada, la liberación nacional ha de empezar por ser proletaria.

Que nacimos en un «pueblo sin pulso»
sometido a un «Estado sin decoro»,
donde sólo era inercia nuestro impulso,

y «¡Aquí hace falta un hombre!» proclamaba
la farándula negra, en falso coro,
cuando era un pueblo en sí lo que faltaba.

LA CANALLA

Mentira de abanico y pandereta,
y en su mismo mentir encanallado,
fue el país de su régimen tablado,
y éste, en él, de extranjeros marioneta.

Fue la Iglesia, ya coima, ya alcahueta
del pícaro chulesco del Estado,
y, explotando el delito y el pecado,
se repartieron a medidas la peseta.

Cárcel y tasca de la chusma escuela,
limpio fue el navajazo por la espalda
y el hogar colindó con el burdel,

le metió al castellano el caló espuela,
no hubo más evangelio que el Ripalda
y el solar del derecho fue el cuartel.

LOS GENERALES[4]

[4] Bajo este título de “Los Generales” describo un cuadro subido de color, pero no hago más que eso: describir algo que he visto, al principio de la Guerra civil, en Madrid, uno de los corresponsales de Guerra de “CNT”, cuyo nombre me reservo para no dar lugar a que las represalias franquistas se ceben en él, obtuvo de unos milicianos, que le habían adquirido en un registro, la fotografía a que me refiero, y al pie de la cual aparecía con todas sus cuatro letras la palabreja de que yo dejo tan sólo la inicial. Si el caso es duro de creer, la duda arranca, no de mi aserto de haber visto tan sucia estampa, sino de quienes en ella de tal modo se lucían se atr3evieran a hacer tanta ostentación. Esto es lo difícil de admitir. Pero ha de admitir eso y mucho más todo aquel que tenga conocimientos del bagaje pornográfico que la revolución encontró en los bargueños bajo llavín de las clases dirigentes españolas de 1.936. ¿Vio alguno de mis lectores la baraja de estampas antialfonsinas, escandalosas en grado superlativo, que alguien descubrió en el palacio de un “grande de España”? ¿Conoce alguno el “titulo nobiliario”, firmado de puño y letra del Rey postrero, en el que aparecen las fotografías de cuerpo entero de un aristocrática y su mujer, ambos tendidos a la romana y en cueros, aunque no como su madre los parió? Si los fascistas no han dado con el escondite, yo tengo en España todavía varias cartas manuscritas de Alfonso XIII, las cuales, a no estar mancas de ortografía y cojas de sintaxis, bien podría compararse a las crudezas de Aretino, y aun presumir de más verdes que los audaces atrevimientos de la obra clandestina de aquel ingenio de Sueca, tan “soca”, que llamó Bernat Y Baldoví… De cualquier modo, y volviendo al cuadro descrito en este soneto, lo que nadie dudará es que Sanjurjo, Primo y otros redentores por el estilo llevaba esa honorable vida de juerga y de lupanar, desde la que despreciaban, teniéndose por “muy machos” , a hombres de distintas inclinaciones, como, por ejemplo, Franco…

Yo he visto una procaz fotografía
donde, en cínico alarde de troneras,
brindaban por España, entre rameras,
Miguel Primo, Sanjurjo y compañía.

Primo estaba en el trono de la orgía,
Palpándole a su coima las caderas;
Sanjurjo, a cuatro pies, las posaderas
De otra, y a pelo, en su cuadril tenía.

Cada cual con su vaso y con su golfa,
se cuadraban al brindar dos generales,
teniendo otro por cama un canapé;

se buscaba una pulga su marcolfa,
y en un marco con cima de armas reales,
« ¡C…, coñac! » decía el pie.

LOS PROFETAS[5]

Desde aquella fecunda soledad
que su adiós de suicidio nos dio un día,
Ganivet proclamó su profecía
Lacerada de angustia y de verdad.

Y en el yermo de España, cuya paz
turbaban ayes de hambre y de agonía,
levantaron su voz de rebeldía
Costa, Pi, Salvochea, Reparaz…

Cristos de una de nueva, más humana
que el credo de los falsos redentores,
se irguieron, cada cual como un gigante,

y en su pos, a la luz de la mañana,
que teñía de sangre sus albores,
surgió el Proletario Militante.

---

[5] Si importante fue la obra de regeneración llevada a cabo en España, desde las licencias isabelinas a nuestro siglo, por una veintena de intelectuales, más lo fue la labor insuperada de los hombres que le dieron la buena nueva y el nuevo pueblo, a la cabeza de los cuales hay que poner a Anselmo Lorenzo y a Pablo Iglesias, cuyos nombres aparecen juntos en aquellos olvidados manifiestos del siglo pasado, que ya nos dieron la norma clara y precisa de nuestra revolución: sindical, socialista y libertaria. Fueron recogidos, Casio todos ellos, en “El proletariado Militante”, y bien valdría la pena reimprimirlos, dirigiéndoselos a la C. N. T. y a la U. G. T., siempre en espera de que coincidan en las doctrinas que un día compartieron sus precursores. Nuestra Biblia de trabajadores y de españoles tiene muchos libros, pero no el principal el “Idearium español”, ni “Las nacionalidades”, ni “Reacción y revolución”, ni “El colectivismo agrario en España”, ni “Geografía y política”, sino el ya mencionado de Lorenzo. (Por fortuna, ese libro ha sido reeditado en México y en Francia, después de escribir yo lo procedente).

EL NUEVO PUEBLO

Si, vencida la España comunera,
con su sangre el Imperio se bautiza,
cuando éste halla su fin, en su ceniza
brilla un ascua de fe: la España obrera.

Del pasado al arriarse la bandera,
la enseña del futuro el taller liza
con la chusma servil de la primera:

pueblo nuevo, de marcha en el camino
donde España, que de él fue desviada,
dejó un día su huella y su destino;

pueblo de obra y de fe, de mina a mar,
que nos trae, para hacer frente a la nada,
la pasión y la angustia de crear.

PASO A PASO

«LA BENEMÉRITA»

Casco recio, alta silla, porte armado,
negra y hosca en su capa cuadrillera,
por la airada amplitud de España entera
patrullaba, entre el pueblo y el estado.

y al brillar su tricornio charolado
bajo soles de plaza o carretera,
ya fuego de sutil su fulgor era,
ya destello de sable ensangrentado.

Naso en husma, ojo en saña, boca ardiente,
cada rostro forzaba el barboquejo
como el perro de presa la cadena,

y a la espalda sombría de su frente,
tras la cruz de jurar del entrecejo
cada cráneo al terror daba colmena

MARRUECOS

Rescoldo de las piras del Papado
y escoria de imperiales embelecos,
la sangrienta campaña de Marruecos
fue un negocio entre el Rey y un su privado

La Iglesia puso a Dios de nuestro lado,
y en la Plana Mayor, de cráneos huecos,
la Historia redobló sus falsos ecos,
la ambición dio su envite al entorchado

No más contra «el infiel» que contra España,
fue un crimen y un baldón cada combate
de esta guerra dos veces asesina,

y en pago de servirle en la campaña,
dijo el Rey, de sus tropas al rescate,
que era cara «la carne de gallina»

LA C. N. T.

No tuvo raza virgen más vigor
ni hubo pueblo más rico de energía
que esta hueste con fiebre de ANARQUÍA ,
mano de obra y prevés de pundonor:

fuerza ingente, que, en vez de un estertor
de la furia española en su agonía,
fue España hecha volcán de rebeldía
y alzado al cielo oscuro su alma en flor;

huracán de combates proletarios
que, a la luz de la pólvora, asaltaba
las Bastillas del oro y del Poder,

y un credo de ideales libertarios
que, al pasar la tormenta, si pasaba,
bendito iris de paz vendría a ser.

DICTADURA[6]

[6]Aludí en este soneto, al citar “el romance de moros y cristianos”, a una canción de las plazuelas de España, que ya he glosado más de una vez; por ejemplo, en el poema “Las infantinas de Burgos” (“Bandera de Libertad”, Madrid), 1938. Algunas de esas estrofas que las niñas cantan jugando al corro tienen en su alma poética toda la anchura política de la campaña anti-borbónica cifrada en la palabra “responsabilidades”, pata ahogar la cual surgió la

El romance de moros y cristianos
versos tuvo esta vez acusadores,
y aun el coro infantil, a sus clamores,
reclaman justicia, altas las manos.

Irguiéndose ante el Rey, republicanos
de otra edad los pioneros creadores,
el último Borbón, prez de traidores,
conjuró sus charrascos pretorianos,

y los «siete años de Ecija» al camino
salieron a robarnos el destino
y a rendir la justicia a su calaña,

que al volver de las rotas imperiales,
se alzaron los vecinos generales,
con pendón de conquistas sobre España.

LA REPÚBLICA

Monarquía, o República? ¡Qué importa
lo que él régimen es o da en llamarse,
si el Estado, a su sombra, ha de encargarse
de regir la nación con rienda corta!

Y esta fórmula cuca, en la retorta
de la alquimia política al probarse,
da un bodrio con que España, por purgarse
de un régimen, el feto de otro aborta:

---

dictadura de Primo de Rievera. Y aprovecho la ocasión de registrarlas aquí, para que no se extravíen y se nos pierdan:

“Mlilla yo no es Mililla;
Melilla es un matadero
donde van nuestros soldados
a morir como corderos.
Ni me lavo ni me peina
ni me pongo la mantilla,
porque han matado a mi novio
en la guerra de Melilla.
En el Barranco del Lobo
hay una fuente que mana
sangre de los españoles
que murieron por la patria”

Y el estribillo

“¡Pobrecita madre
cómo llorará
al ver que sus hijos
a la guerra van!”

República de intriga y componenda,
que al venir de puntillas viene en paz
y en la Guardia Civil cifra el civismo;

disfraz de un viejo Estado sin enmienda
que, al cambiarse de nombre o de antifaz,
si no se hace peor, sigue lo mismo

A CAMPO ABIERTO

«NI CHICHA NI LIMONADA»

Si el Estado en creciente, ella en menguante,
la República fue luna de ocaso,
y en nubes de torpeza o de fracazo
se ocultó, vergonzosa o vergonzante.

Paso a paso, uno atrás, otro adelante,
y, adelante o atrás, siempre en traspaso,
ni el régimen logró salir del pasado
ni, a régimen, tuvimos buen talante.

De banda a banda fue, sin carambola;
tras mucho prometer, nos dio un camelo,
y al querer serlo todo, nada fue;

Si al pueblo no dejó dar pie con bola,
del Estado tomar se dejó el pelo
y, al cabo, que le diera volapié.

SER, O NO SER

Ser, o no ser; tal fue, en limpio, el dilema
que, tras siglos de duda planteado,
de tal modo ocupó nuestro encerado,
que ya no cupo en él otro problema.

Ser, o no ser, y lo demás, pamema,
que, en pugna la nación con el Estado,
fue el tirar cada quisque por su lado
cual seguir cada loco con su tema.

Ser, o no ser; y encampanado el brío
de toro en torno al cual el ruedo zumba,

sus cuernos presentaba la cuestión:

-¿Qué ha de haber, dictadura bajo un «tío»
que España al pueblo en pié le de por tumba
o, a impulso popular, revolución?

OCTUBRE

Fue el régimen tablero de ajedrez,
y en él, pese a su faz descolorida,
mano a mano jugaban su partida
pueblo y Estado por postrera vez.

Y el Estado, con mueca de doblez.
tras hacer una trampa bien urdida,
-Quien se mueva -anunció- pierde la vida,
pues está entre la espada y la pared.

El pueblo, aunque copado, no rendido,
se apartó del tablero de la trampa
y al Estado retó, frente a él erguido…

Y Asturias, proletaria en mina y puerto,
fue roja profecía con su estampa
de la guerra civil a campo abierto .

EL EJÉRCITO

La espada colonial, tan a menudo
por el Centro y la Cruz desenvainada,
fue sangre comunera bautizada,
si un trono a Carlos Quinto darle pudo;

si un imperio ganó un filo agudo,
fue España en pro de aquél sacrificada,
y al perderlo temió verse mellada,
más no su deshonor mostrar desnudo,

que apenas el país oyó los ecos
de los desastres que su historia encierra,
fue faca de matón en nuestra tierra,

y, al fin, sin más colonia que Marruecos,
tras hacernos en ellas sus muñecos,
declaró desde allí a España la guerra.

LA GUERRA

Fue España, una vez más, la tea alzada
sobre un mundo en la noche acobardado;
tea que siempre, cuando luz ha dado,
de sí misma la dio, en ella abrazada.

Fue esta guerra, otra vez, el «todo, o nada»
que a España siempre en dos ha desgarrado;
fue lid de la nación con el Estado,
y en ella el Mundo halló su encrucijada.

Fue la guerra de todos y de todo;
fue el choque de los credos y las gentes,
del espíritu en lucha con el lodo;

fue el «Plus Ultra» español en los pilares
donde España es sillar de continentes
y es campo de batalla entre dos mares.

A LA DERECHA

EL ESTADO

No fue la rebelión el alzamiento
de un Partido Político cualquiera,
y a fe que el charlatán que lo dijera
yo podría probarle que era un cuento.

Como otras veces, fue un pronunciamiento,
fue un golpe militar de dentro afuera,
que la casta estatal, ya la primera,
dio en contra de un país sin escarmiento.

Fue traición del Estado -fuerza armada-
contra un pueblo que, inerme, encomendada
su defensa dejó al Estado -ley-

y aunque ésta alzó su ley como un cayado,
la jauría feroz del otro Estado.
tras ladrar al pastor, mordió a la grey.

EL INVASOR

Nos dio Goya un grabado en que el corcel
cuya vida fue a perros confiada
pone a raya de coces la lobada
que ha venido a hacer túrdigas su piel.

Si de un lado los lobos en tropel,
de otro tiene los perros en manada,
pero advierte, entre coz y dentellada,
que el perro azuza al lobo contra él.

Vio así Goya la guerra de sus días,
y hoy nos cabe en sus tres alegorías
la que un siglo después nos ha diezmado,

que, invadidas las tierras españolas,
fue corcel sin jinete el pueblo a sola,
lobo fue el invasor, perro el Estado.

LA IGLESIA

Celestina que en venta trae la llave
de un cielo que aun de balde nos fastidia
y en el halda ocultando va la insidia
de que sólo su bolsa de la clave;

murciélago de España, negro y suave
como en plan y en acción es la perfidia,
con tal voracidad, doblez y envidia,
que es, por fuerza, una rata en disfraz de ave;

no quiso la alcahueta del Estado
renunciar a tejerle la asechanza
con que el pueblo español fue traicionado,

ni aun pudo la alimaña vampiresca
separar de la guerra la esperanza
de saciarse una vez de sangre fresca.

SEGUNDONES

La canalla política cesante,
pretendientes sin rey ni corte hogaño,
que, aun así, a imitación de los de antaño,
formaban cofradía mendicante;

la nobleza de nombre rimbombante,
sin títulos morralla sin engaño,
que con más desvergüenza que redaño
pretendía seguir trampa adelante.

y el fajo de soplones, pistoleros,
barbilindos, pedantes y sablistas
formado en torna a Primo de Rivera,

vistiéronse -oro y sangre- de toreros;
más, dejando la arena a los carlistas,
no salieron jamás de la barrera.

LA BURGUESÍA

La inculta y codiciosa burguesía
que, más que otra ninguna rezagada,
tiene el alma feudal y encorada
de quien va en la Edad Media todavía;

gentualla suspicaz, que no se fía
ni de Dios, y ni a Cristo fía nada,
pues vive con sus cuartos aclocada,
sin luz no cacareo, en su alcancía,

de hoz y coz se metió en la zaragata,
pues soñó que era feria el Movimiento,
creyó en la dictadura hallar fregona,

y el tiro le salió por la culata,
se pilló la nariz con el invento,
y hoy sirve a su criada respondona…

A LA IZQUIERDA

EL PUEBLO EN ARMAS

Si el régimen gritó: -«Contra el fascismo,
el Estado será un beligerante»,
no advirtió que la mano no es el guante,
ni el Estado y el régimen lo mismo.

Pero el otro, sin tal confusionismo,

descalzóse del régimen y, en plante,
tras cruzarle a guantazos el semblante,
retó al pueblo con su militarismo.

Quedó el guante del régimen en tierra,
y el Estado y el pueblo, en cruda guerra,
disputáronse España mano a mano.

Más, ¿qué pueblo? ¡El obrero y socialista!
¿Qué Estado? ¡El que, monárquico o fascista,
cinco años se llamó republicano!

EL PUEBLO EN LIBERTAD

Blandida al sol de Julio, cuya faz
avivó el heroísmo con su racha,
se hizo roja, de sangre, y ardió el hacha
que el pueblo se forjó en años de paz;

y él solo, en la grandiosa soledad
donde a nadie suplica ni se agacha,
como en armas sin miedo, fue, sin tacha,
nada menos que un pueblo en libertad

pues, por ella jugándose la vida,
con amarla la tuvo merecida,
con sólo defenderla la ganó,

y, aunque a ambos condenó a muerte el Estado
le tenían los dos «al otro lado»
y en el suyo ni el régimen quedó.

EL PUEBLO EN TRANCE

Sobre el haz de la España antifascista,
todo surcos de heridas y desvelos,
se alzó el pueblo, titánico, a los cielos
con su fe aventurera y anarquista.

Y así como rasgó, con la Conquista,
de los mundos de fábula los velos,
con su revolución febril de anhelos
descubrió el Nuevo Mundo socialista:

tierra firma con trinos de opiniones,
que, al espléndido sol de un gran fututo,
parecía un tapiz de profesiones,

y ansiada sociedad do, crencha al viento,
con trabajo común y pan seguro,
libre el hombre, alza al bien su pensamiento.

EL PUEBLO EN DUDA

No hay pueblo que no sienta en si fe escasa
Cuando cruza el Mar Rojo de su sino,
Ni, al pararse, extenuado, en su camino,
Las voces de un pasado que no pasa.

No hay uno sin traidores que a su masa
den simas de fracaso o desatino,
sin noches en que astro del destino
se le nuble en el cielo en que se abrasa;

y el nuestro, entre las olas de su lucha,
detrás tiene la herencia del pasado,
si delante la tierra prometida.

Malherido, vacila, cae, escucha…
y una voz de atavismo, que otro Estado
le aconseja crear, le hace suicida.

EL PUEBLO EN CRUZ

Conjurado en contra el mundo entero,
donde, en grillos, los pueblos no son nada,
mal pudo el español, en la emboscada,
dar más que por su vida por su fuero.

Fue la guerra su cáliz, su madero,
su columna de azote y, erizada
de espinas, la corona ensangrentada
que humilló su cabeza en el sendero.

Con su fe, de Verónica, a la vera,
fue cediendo a la guerra en su calvario
la arrogancia de su revolución,

y al pié de aquella cruz en que rindiera
su anhelo socialista y libertario,
lloró España, esperando su rendición.

NO INTERVENCIÓN

DE MUSSOLINI

-Si a España tuvo Roma en coloniaje,
Vuelva a tenerla en coloniaje Roma,
Y a mí, que la conquisto, dé su aroma
de hembra al macho rendida en vasallaje.

Si esta empresa de fácil bandidaje,
como el rapto abisinio, es una broma,
mientras Londres mi amago en serio toma
me hará oficio de carta de chantaje.

Caco y coco seré del Mundo entero,
que, temblando al oír hablar de guerra,
dejase trasquilar como un cordero,

y en el circo fascista de mi tierra
tal será mi poder de titiritero,
que «i figli Della Lupa» haré de perra.

DE HITLER

-Primero, España ofrece la ocasión
de probar mis pertrechos militares
y entrenar, por decenas de millares,
mis soldados con carne de cañón.

Segundo, España cierra el paso a Albión
entre dos Continentes y dos mares,
tiene a un vuelo de Argel sus Baleares,
y en la nuca de Francia, su aguijón…

Tercero, su Marruecos es la cuña
que separa dos frentes africanos,
y al Brasil ponen proa sus Canarias…

Cuarto, todo en la vida es diente y uña,
de manera que, listas bocas y manos,
cébense, yendo allá, mis hordas arias.

DE STALIN

-Todo el mundo avanzado y progresivo
ve en España su noble campeón;
más, la guerra al trocar revolución,
se hace España del Mundo corrosivo.

Se de cara nos muestra un pueblo altivo,
nos la enseña de cruz sin munición,
y entre el ser y el no ser de esta cuestión,
brilla el oro en su canto positivo…

Por más que España en sí me importa un bledo,
mucho importa, ya a Francia, ya a Inglaterra,
y a Italia y a Alemania de revés.

Si el oro, a cambio de armas, yo me quedo
y aun tal revolución hundo en la guerra,
subastar el país podré después…

DE CHAMBARLAIN

-Si en la calle imperial de Europa a Oriente
dos vecinos se dan de puñaladas
démoslas de ambas partes por bien dadas,
que, a mi ver, en tal calle sobra gente…

Si las bases del mundo de Occidente
por un pueblo se ven amenazadas,
poco importa por quién sean salvadas,
que salvarlas primero es lo prudente…

En este par de valvas hoy se encierra
la gran ostra imperial de mi Inglaterra
y, en su seno, mi perla de burgués.

Mátense entre españoles e italiano,
caigan rojos bajo unas u otras manos…
¡y el paraguas me salve a mí después!

DE BLUM

-C’est *L’honneur de la France, peuple espagnol,*
qu'impose ce déshonneur á mon Parti
y al venderte el patriota *malgré lui,*
bien sé que el socialista se hace un *drôte.*

Je ne suis qu’un pantin du grand guignol
où l’Europe représente sa comédie,
Y el Quijote marxista tiene *ici*
de patriótico Sancho el triste *rôle*
.
Je sais que le fascisme te fait la guerre
y en España se lucha *pour la France,*
mais… mon dieu, le Pouvoir c’est te Pouvoir!

Fiel en todo a *le mot de L’Angleterre,*
yo adopto el «*Honi soit qui mal y pense*»,
y allá te las arregles… *Au revoir!*

MENTIRAS

EL «MOVIMIENTO NACIONAL»

Urdido contra España desde afuera
por judas que compró moneda extraña,
con el grito felón de «¡Arriba España!»
se inició en la Legión, que es extranjera.

Pabellón de rifeños su bandera,
Mussolini a su sombra entró en campaña,
mostró Hitler bajo ella su calaña
y Oliveira soñó ser Olivera

Puso a Dios de su parte el Santo Padre,
y, al verle sangre obrera derramar,
gritó el mundo burgués: -«¡Ole tu madre!»;

decretó el extranjero su victoria,
y hoy páginas… y piernas abre en par
al «Movimiento Nacional» la Historia.

LA PAZ…

Tras girones de nubes que en el cielo
desgarró el ciclón bélico a su paso,
llora el sol con la sangre de su ocaso
dos millones de muertos en el suelo.

Las hienas del terror, crispado el pelo,
van aullando en la noche, a campo raso,

y apenas se abre el día, sin retraso,
las aves de rapiña alzan el vuelo.

Entre escombros que humean cual volcanes,
cada hogar se diría un nido roto
sobre tierras llegadas y baldías,

y, azuzando la rabia de sus canes,
deja el hambre, asaltándolas sin coto,
las cunas de los huérfanos vacías…

LA VICTORIA…

Cuando Franco, en la cumbre de su gloria,
su tinglado escaló en la Castellana,
su figura quedó, de puro enana,
como cabo de vela palmatoria,

y al pasar, en desfile de victoria,
bajo el pié de la Guardia Jalifiana,
tanto idioma gritó su hueste ufana,
que da Babia a Babel fue la memoria.

Tal mezcla de chacales, tigres, osos,
zorras y hienas la tribu henchía,
que una casa de fieras parecía,

y allí, representados por tramposo;
tanto eran los credos religiosos,
que hasta Dios de vergüenzas se corría.

EL ORDEN…

Se ha puesto de uniforme la canalla,
y al dar la vuelta al ruedo de su orgía,
va escupiendo su boca chulería,
su pistola escupiendo va metralla.

La bendice, al rezar, la clerigalla;
la soporta, al pagar, la burguesía;
pélala, al darle hogar, la mancebía,
y el mundo la tolera, cuando calla.

Solo, a solas, está un pueblo valiente
dando a un orden tan vil su desafío
y a la muerte la cara, alta la frente.

La opresión criminal ceda a su brío,
y el mundo osará instarle a ser clemente
si la sangre canalla llega a río.

EL «IMPERIO AZUL»

Nuestra guerra civil fue de conquista
para Roma y Berlín, que, como antaño,
tendieron, en el colmo del engaño,
la ilusión de un imperio a nuestra vista.

Y olvidando, la chusma falangista,
de la España imperial el desengaño,
apacienta en sus ruinas un rebaño
de esclavos con delirio imperialista.

Tras hundir la nación en coloniaje,
se hace escarnio cruel de su congoja
y en la farsa imperial se le da el traje

de que, libre o esclava, se sonroja;
pero, un día, las vueltas del ultraje
dará al «Imperio Azul» la España Roja.

ESCOMBROS

DESPUÉS…

Tres años fuiste campo de batalla,
tierra en lecho de espuma al sol tendida,
y en su faz está hablando cada herida,
si, muda de terror, tu lengua calla.

Con sus besos de fuego, la metralla
te ha abrazado la piel dulce y florida,
y en tus pechos de leche y miel, mordida,
vil ponzoña de víboras estalla…

Sangre, escombros y ruinas por doquiera;
gentes, pueblos y bosques mutilados;
muerte en todo, si en todos llantos y luto,

y, una selva de cruces siendo entera,
son Gólgotas tus cerros y collados,

cementerios tus vegas hoy sin fruto.

MADRID

Este es Madrid, si del hampón cucaña,
flor de verbenas, y en el chiste, rayo, rayo;
de secretos a voces papagayos,
soto de sal y del país araña.

Este es Madrid, donde la vieja España,
tras hacer de su heroica capa un sayo,
miró a todas las glorias de soslayo,
con preñez de mayor gloria en su entraña.

Este es Madrid, donde, a morir erguido,
dos veces nuestro pueblo ha renacido
y otras dos quicio y prez fue de la guerra,

que en tal quicio por prez así girando,
con gloria de Madrid glorificando
fue a España por el aire, el mar, la tierra.

EL ALCÁZAR

Hosca sede imperial que en el roquedo
donde el Tajo, al pasar, bruñe su espada
yergue en pié su soberbia amurallada
y odio inspira, aunque quiere inspirar miedo:

yo enterré, altivo Alcázar de Toledo,
dinamita en tu base socavada,
y he sido sangre y bomba en la oleada
que en tus muros vio inútil su denuedo.

yo he besado el cañón que, noche y día,
sobre un cerro, mirándote, rugía
como ruge la fiera al domador.

y he rugido como él al ver volados
tus cimientos y fuertes malhadados
cuando España explotaba de dolor.

GUERNICA

Ya no lucen su gracia en sus frontones,
Guernica, tus bizarros pelotaris,
y en tu plaza no hay ya espatadantzaris
convirtiendo en guirnaldas tus canciones.

Ya no bailan tus calles a los sones
de los puros y claros chistularis,
ni, en su ingenuo decir, tus versolaris
dan suelta a sus pueriles emociones.

Pardos buitres de guerra en ti han cebado
su apetito voraz a pico y garra,
limpia cuna del fuero vascongado,

y entre escombros, tizones y chatarra,
tienes, cuna vacía, rota al lado
del bardo Iparraguirre la guitarra…

¡ÁNIMO, ESPAÑA!

Sin pan, sin libertad, sin voz te ves,
y al huir del terror, desmelenada,
se diría que vas hacia la nada,
de tus campos de tumbas a través.

Fue moneda de reyes tu pavés,
cruz en manos de papas fue tu espada,
y aun sangran en tu carne desgarrada
las huellas del león que hubo a tus pies.

No te queda de antaño sino el yugo,
y hoy sirve en tus concejos el verdugo,
de alcalde, a los soldados de fortuna,

que, ahorcando a Pedro Crespo en Zalamea,
témense que resurja en cada aldea
la raza que se alzó en Fuenteovejuna…

YUGO Y FLECHAS

«ESPAÑA: ¡UNA!»

Si es, a fuer de mendaz, importuna
cuando en boca de Franco nos indigna,
de otra parte hay verdad de la consigna
con que grita Falange: -«España: ¡Una!»

pues, rebelde al rigor de su fortuna,
ni a ser pueblo en añicos se resigna
ni acaso España, unida, fue tan digna
del nombre de nación en hora alguna;

que una son, oponiéndose al Estado,
sus tierras, de explosiones laceradas;
uno son, maldiciendo al dictador,

sus lenguas de tono acongojado,
y un pueblo son sus gentes, hermanadas
como nunca por un solo dolor.

«ESPAÑA: ¡GRANDE!»

Es grande como el héroe que, prendido
Sin rendir su abatida fortaleza,
no inclina a la derrota su cabeza,
ni se da, derrotado, por vencido.

Grande es como el que, preso y malherido,
todavía es tal torre de grandeza,
que antes muere sin fallo en su entereza
que a su costa, rescata el bien perdido.

Es grande como dios que, tras de lodo
por un sapo haber sido salpicado,
de estorbar a tal costro fuera reo,

y a su lado se achica tanto todo,
que el «Caudillo», en la cumbre de su Estado,
se hace piojo en la chola de un pigmeo.

«ESPAÑA: ¡LIBRE!»

-Libre soy -dice España, entre cadenas-
como el mártir que, en potro de tormento,
de tal modo oye en sí su pensamiento,
que la misma tortura siente apenas.

Libre soy en las cárceles, que, llenas,
no me otorgan de esclava tratamiento,
y antes he de rendir mi último aliento
que el orgullo de ser libre a mis penas.

Libre soy alma dentro, pues, vencida
por la fuerza, jamás mi forzador
me verá por la fuerza convencida,

y, alma afuera, si el grillo del terror
como un perro en mi carne abre una herida,
mi interna libertad brota allí en flor.

«¡ARRIBA ESPAÑA!»

¡Qué importa que ese grito de traidores
Ya en labios falangistas, ya estatales,
Al hacerse caricia de chacales
Burla sea de España en sus dolores!

Avezada de antaño a burladores,
Jamás uno la hirió con burlas tales,
O, de herida, si buenos sus puñales,
Fueran luego sus veras aún mejores

Rota va en ese grito cada voz,
Alicorta de fe, y a nadie engaña,
Ni su flecha alcanzó jamás el blanco.

Como aquí, se revuelve a herir de coz
O de mi título dice «¡Arriba España!»,
¡Y -el acróstico añade- abajo Franco!

A LA FALANGE

¡Olé, les «niños mal de casa bien»
y olé, los «niños bien de casa mala»
que se fueron de juerga sin un real
y han bebido la sangre a tutiplé!

Ya veréis qué jaleo lleva el tren
si, al echaros los toros al corral,
vuestra juerga se trueca en funeral,
tras quedaros en ella sin sostén.

No os valdrá bola, trola o carambola
cuando España, al freír, se ría en serio
y el pueblo os cante el «Caracol, col, col»

Por ser la de once varas y la Lola,
tenderéis la camisa azul-imperio,
bordada a sangre y fuego, «cara al sol».

DESTIERRO

EL ÉXODO[7]

Volvió a casa de huída, derrotado,
y aunque un montón de escombros su hogar era,
sus hijos halló en él, su compañera,
y un libro en borrador, ya terminado.

Partiendo entre metralla, desgarrado
vio el árbol que plantó en su primavera,
y en la huída del lar a la frontera,
se perdieron los suyos de su lado.

La locura nubló su clara frente,
mar y monte escucharon sus congojas,
por los suyos nadó en ríos de gente,

y en la noche, buscándolos en vano,
se alumbró de su libro con las hojas,
sin quedar ni aun pavesas en su mano…

[7] Dícese en Castilla que el hombre cabal ha de "plantar un árbol, hacer un hijo y escribir un libro", y el dicho es inmejorable, porque al plantar un árbol tiene su esencia de vida en obra, de actividad manual y trascendente, de enraizamiento en la naturaleza de nuestra tierra; hacer un hijo supone vivir la vida en sexo, y amar y propagarse, que es echar raíz y germinar con fruto en nuestra especie, y escribir un libro es sufrir y gozar de la vida en pensamiento, sentirse muy de sí mismo y de todos, Tener idea y voz en el ágora de un tiempo, luz del sol de una cultura. Naturaleza y trabajo, especie y sexo, civilización y pensamiento; y, por tres síntesis, tres frutos: todo esto va en aquel dicho debidamente ayuntado y resumido. ¿Cabe algo más triste que perder de un golpe el árbol, el hijo, el libro? Pues eso es lo que muchos hemos perdido…

FRANCIA

Este medio millón de «refugiados»
sin refugio y sin pan en tierra extraña,
fue el dique del heroísmo que en España
salvó a Francia mejor que sus soldados.

Vedlos, de ella con INRI pagado,
si espinas alrededor, más en la entraña,
sucumbir al cebarse la guadaña
de la Muerte en sus filas de apestados.

No fue España jamás escarnecida
como en esta su carne y su carroña,
carnaza de prisión y sepultura,

ni jamás se vio en Francia envilecida
como al darnos, por bálsamo, ponzoña,
y aliviarnos con hiel nuestra amargura.

PAN DE EXILIO

-Estábamos en cerco de alambradas,
como las fieras en la jaula están,
y a diario, como fieras, por el pan
forzoso era luchar a dentelladas.

Negras hogazas, con desdés lanzadas
de una en una al furor de nuestro afán,
dábamos esa rabia en que arde el can
si hambre o sed son en él exacerbadas.

Combatiendo, los fuertes las seguían
por el aire, al pasar de mano en mano,
por lodo, rodando de pié a pié.

Los débiles bajo ellos sucumbían,
y a unos cuantos cadáveres, en vano,
les gritaba un gendarme: Allez, allez!

SAHARA

Forzados españoles del desierto,
que, amarrados de Francia a la cadena,
sois galeotes en el mar de arena
donde años de remar no alcanzan puerto:

¿qué puede vuestra fe de tener por cierto,
qué la ley por justa y qué moral por buena,
si a todo da un mentís vuestra condena
y el mundo, a vuestra voz, parece muerto?

Por la anchura monótona del año
vuestros días se van como las olas
del desierto en la yerna soledad,

y el soplo del simún del desengaño
convierte vuestras almas españolas
en Sáharas con clamor de tempestad.

NUEVA ESPAÑA

Los caminos del Mundo se poblaron
de españoles sin rumbo y sin ventura,
y a su lado marchaban la locura,
si es que, ahíta, la muerte atrás dejaron.

En los surcos atlánticos sembraron,
no su orgullo ancestral, sino amargura,
y, esta vez sin espada ni armadura,
libertad en América buscaron.

El verlos suplicando pan y asilo,
fiel al nombre y honor de Nueva España,
dio México a la vieja hogar tranquilo,

y allí, la raza heroica de Cortes,
cara al mar que su tierra natal baña,
reparó sus navíos y su arnés…

¿QUIÉN GANA?

CLASE DEL PODER

Surja clara la voz de mi anarquismo
cuando arrojo a la cara del Estado,
no los nombres que le han enmascarado,
sino, al fin, de baldón, su nombre mismo.

Ya este «órgano» pasó a ser oralismo,
de ser «máquina» a ser cuerpo ha pasado,

con su fuerza el derecho ha suplantado
y entre su hoy y su ayer media un abismo.

Si en la lucha de clases servía,
Duguesclin ya no sirve a su señor,
ni al Estado de ley la burguesía,

pues tanto a su servicio dio en crecer,
que es amo donde fuera servidor,
y entre clases, la clase del poder.

SORPRESA

«No es la revolución raudal de plata…»,
dijo antaño un peta de salón,
y, a poder, le darían la razón
quienes sirven a Franco de reata.

¿Cómo no, si, sonándola barata
y esperando tenerla por peón,
se metieron en tal revolución,
que aun meterse fue ya meter la pata?

Pues, fuero lo que fuese de boquilla,
no fue, «dar media vuelta a la tortilla»,
sino hacerse tortilla en la sartén,

que si España quedó, en la del Estado,
con la guerra civil frita de un lado,
de otro queda, en la paz, frita también.

JUERGA

La clase del Poder, encabezada
por un sátrapa en guisa de caudillo,
puso a todo cantar el estribillo
de «el Estado lo es todo, y nadie es nada».

Y al son de copla tal, ayer creada
para el oso de estrella, hoz y martillo,
baila en España, con música de grillo,
bajo el filo sangriento de la espada.

Quienes tienen con qué, pagan la juerga
de un Estado flamenco, en cuya jerga
se descubre se fuste extranjerizo,

y, en sangre rebosada cada caña,
todo chulo, al gritar «¡Arriba España!»,
pone un tono, en su voz, de ¡olé! castizo.

«STRAPERLO»

Tras lograr la exclusiva del poder,
se ha metido el Estado a negociante,
y allá va su merced, trampa adelante,
vendido cuando tiene que vender.

No encontramos rivales que temer,
pone precio a la ley a su talante,
sin que haya comprador que se le plante
ni quien viva sin darle algo a roer.

Su espúrea autoridad lo puede todo,
no hay cosa en que no oculte su celada,
ni camino en que no aceche escondida,

y en sus garras crueles, pues no hay modo
de evadir su terror ni su emboscada,
pierden unos la bolsa, otros la vida.

DEUDAS

Jamás hubo en España bandolero
tan atroz, ni tan vil, ni tan odiado
como el que hoy en el código ha encontrado
cueva, jaca y trabuco naranjero.

Deudoras y a merced del extranjero,
pues viven a su sombra y de prestado,
las cobardes partidas del Estado
dan, en prenda, el país al usurero.

Y así como el Imperio de otros días
nunca pudo pagas el interés
con que Fúcar prestaba a su señor,

el Estado sus arcas ve hoy vacías,
pues roba a la nación, pero, después,
despluma a este ladrón otro mayor.

SABLES

AL «CAUDILLO»

Tres millones de muertos son tu alfombra
sobre el cadalso en que trocaste a España,
pero, en vez de temblar bajo tu saña,
te desprecia y maldice quien te nombra,

Por doquiera que vas, tu misma sombra
te persigue, mejor que te acompaña,
y, opuesta a tu cautela de alimaña,
tu ciega obstinación de bruto asombra.

Si, enhiesto en tu peana de «caudillo»,
miras en derredor, de mar a mar,
sobre el haz del país manos arriba,

verás que, aunque lo pases a cuchillo,
el pueblo, tarde o pronto, ha de arrastrar
por las calles tu cuerpo en carne viva.

A QUEIPO DE LLANO

Si un soneto me atravesó a dedicarte,
tendrá que ser, por fuerza, chabacano,
ya que nadie podría, en castellano,
con pulidas palabras retratarte,

pues vestirse no es más que aparejarte
dos eles se hacen una en tu De Llano,
Sevilla vio en ti un duro sevillano
y, en coña, vio el coñac su Durandarte.
Rey de Cádiz, Cazalla, Cabra y Coria,
si una vez te has bañado, en sanfre ha sido,
por más que una diarrea es tu oratoria,

y eres tal, que con sólo ver tu jeta,
tu padre, de engendrarte arrepentido,
tendría que cortarse la coleta.

AL FLAMENCO YAGUE

Para qué tanto ruido de charrasco,
tanto amargo y «farol» de hombre de plante,
si, al llegar a la ocasión de echar «pa’lante»,
donde no hiciste pifia diste chasco?

Tu tronada ambición está hecha un asco,
se te calza el «Caudillo» como un guante
y hasta él, con ser quien es, ve en ti un mangante
que, a precio de traición, chupa del frasco.

Quizá en tus miedos de rufián recuerdes
que el matón del soneto cervantino
«miró el soslayo, fuese y no hubo nada»;

más cuenta que esas uvas están verdes,
pues el verso final de tu destino
termina, a fuer de jaque, en puñalada.

A MILLÁN ASTRAY

Fantasma de matón perdonavidas,
idiota injerto en pillo y hecho el loco,
tú eres el miedo con disfraz de coco
y el arca de Noé de las heridas;

chirle a chirlos, de cada y heces Midas,
enésima potencia del descoco
pregón de galicazos, rey del moco
y arquetipo de hurones buscavidas.

Eres gallo capón y chucho en rabia,
Babieca de alquiler del Cid de Babia,
enésima raíz de la cultura,

y, aun llamándote «novio de la Muerte»,
la muerte moriría por no verte
o al ver en ti su atroz caricatura.

BOSQUEJO DE DOVAL[8]

Ha bajado a la celda donde un preso
Colgaba, por los codos suspendido,
Y en «dar vueltas al huso» entretenido,
Se ha pasado la noche en embeleso.

Cuando el «copo», de vez en vez, con eso
se queda en la cuerda sin sentido,
bajo el talle su ropa ha desceñido
y ha mezclado el mordisco con el beso…

Tan usual es en él esta manera
de tratar a la gente, que a menudo
se oye aquí, en su brigada, que está loco;

pero hay quien, con el ojo en su cadera,
dice que es maricón, y no lo duda,
pues lo afirma quien fue a verle, y por poco…

VAINAS

LOS REQUETES

Las tropas montaraces de Navarra,
cuya fe se curtió en guerras civiles,
cambiaron sus cayados por fusiles
y en guerrera trocaron su zamarra.

Les dieron, con la cruz, bota y guitarra
sus curas trabucaires y cerriles,
y, al marcharse a luchar, manos monjiles
prendiéronles, bendita, su chatarra…

En su «Dios, Patria y Rey» cifró el derecho
esta grey del «¡Detente, bala!» al pecho,
calcada de la Corte Celestina;

más, con «perros fieles» en coyunda,
tras dejar sin su coto al Rey Carcunda,

[8] Este Soneto es una pálida imitación de cierto informe enviado por la policía secreta a la Dirección General de Seguridad, desde Asturias, durante la represión del movimiento revolucionario de Octubre 1934. Acerca de Doval, díjose en 1940 que había sido víctima de un atentado, pero tan buena noticia no ha sido confirmada por nadie en el exilio.

por Franco renegó del carcamal.

AL «CUÑADÍSIMO»

Cuñado del «caudilla» por los Polos
-Polo de Franco y Polo de Serrano-,
¿quién fue, de Polo a Polo, meridiano?
quién, siendo el Ecuador, los dejo solos

No es ésta cuestión para pipiolos,
más en ella no ve ningún arcano
quien sabe por qué fueron a tu mano
del «Poder Nacional» los chirimbolos.

Tan casero probó ser tu talento,
que en público jamás brilló un momento
mientras fuiste en España el «Cuñadísimo»;

pero dime, si aquel «Poder» perdiste,
¿quién va Polo a Polo, cual tú fuiste;
Quien te hace, como a Franco, cornudísimo?

A GIL ROBLES

Cuando a Franco señalas con el dedo,
¿quién por probo Catón te ha de tener,
si en ti acusa la envidia, no el deber,
y él es el nudo en que acabó tu enredo?

Como España, sin «Dios», te importa un bledo,
si no las has cabalgado a tu placer
el poder te faltó, que no el querer,
y eres Franco del quiero y del no puedo.

Tus hipócritas quejas, pues amaina,
porque si él es charrasco tú eres vaina;
si él daca, tomo; si meter, tragar.

Y su aspiras a más te llevas chasco,
que en España, Gil, vaina y charrasco
juntos cuelgan y suelen arrastrar…

A GOICOECHEA

Don Juan que cuando ciñe el corsé al flanco
destaca su orondez de maricón,
y orador que ha robado a la oración
las partes de que está castrado y manco:

¿cómo puedes alzar hoy contra Franco
tu pelada insolencia de capón,
si has sido su alcahuete y segundón,
y, a su sombra, ladrón de guante blanco?

No olvides, Goicoechea y Cosculluela,
que un día señalado en tus anales
vendiste a Mussolini, en Roma, España,

y a fe mía que, aun antes, tu cautela
le sopló a tu ambición que manchas tales,
si se borran, con sangre es, no con maña.

AL JUANETE DE BORBÓN

Si tus ojos de rey son pura guasa
sigue la broma, para ser siquiera
primer hazmerreír de España entera,
donde hogaño la risa es tan escasa;

pero si ese runrún de broma pasa
y España es para ti una «borbonera»,
ya sabes que está abierta la gatera:
entra, ¡y verás qué zipizape en casa!

Si el Quiñones de turno, lisonjero,
te puede proclamar rey heredero
del trono de una casta de felones,

sus crímenes serán también tu herencia,
y el pueblo, sinjetándote a sentencia,
pedirá tu cabeza… y tus Quiñones.

BUITRES

LOS JESUITAS

Como buitre que el campo de combate,
sin cesar la batalla, ya avizora
y, al ahogar el cañón su voz sonora,
sobre carne que aún gime el vuelo abate,

con su corva nariz, luego gaznate,
negras haldas y vista inquisidora,
se lanzó el jesuita, sin demora,
de sus presas, ya heridas, al remate,

y, uno a uno, vinieron a ser tantos,
que en su corro voraz la Compañía
llegó pronto a encerrar a España entera,

y, al rendirla sus llagas y quebrantos,
pico y garra cebáronse a porfía
de su piel al tesoro de su entraña.

LATIFUNDISTAS

Pese al tótem ibérico del toro,
los viejos latifundios del romano
se extendían, cubriendo el suelo hispano,
del Dueron numantino al Betis de oro.

Perdió aquél, con su Imperio, su tesoro,
y, aunque osó repartirlo el africano,
tan completo del godo fue al cristiano.
que aún va de Pañafiel al Gébel moro.

Bajo un solo invasor de muchos nombres,
siempre fue mi país botín de Guerra,
nunca más que colonia de conquista,

y al cabo viene a ser «tierra sin hombres»
que, al rondarla de amor «hombres sin tierra»,
fuerza el viejo Don Juan latifundista.

ORO EXTRANJERO

Con más fuerza detrás que los fenicios
y con más martingalas por de delante,
la finanza mundial nos echó el guante
de la usura y demás buenos oficios.

Su dinero acudió a cebar los vicios
del Estado español, que, a su talante,
dio en prenda la nación al negociante
y aun pagó en servidumbre sus servicios.

Para colmo, su deuda al extranjero
con la Guerra Civil creció sin tasa,
y, a préstamo mayor, más prestamistas,

de manera que España, sin dinero,
y aun sin pan, trabajando el tiempo pasa
para bien de usureros y sablistas.

A JUAN MARCH

Fue España para ti presa barata
cuando, viendo en su bolsa tu destino,
tu trabuco cruzaste en su camino,
sin miedo a lo de «aquel que a hierro mata…»

Y hot huelga motejarte de pirata,
de espía, de ladrón o de asesino,
pues, si bien tal sería hablar con tino,
contigo vale más hablar en plata.

La plaza hizo de ti semidiós chueta,
te dio el rango de rey de la peseta
y el árbitro de Estados y regímones;

más pronto habrá de ser restituida,
y entonces, ¿qué tendrás, sino tu vida,
para hacer frente al pago de tus crímenes?

A FRANCISCO DE ASÍS CAMBO[9]

Garabato rapaz de pico y uña,

[9] Este soneto fue escrito en vida del buitre de la Chade

caco que, cuco, cuando roba engaña,
tú has sido, de político, una araña
y, a la vez, de banquero, una garduña.

Tú en Madrid has vendido a Cataluña
como vendiste en Barcelona a España;
por frontera les diste una patraña «»
y has sido, entre ambas, aduanero en cuña.

No bien la Liga hubiste por Partido,
ni la paloma del Espíritu Santo
se libró del peligro de tal liga,

Y en ti, en quien hasta el nombre es fementido,
sólo es cierto y es tuyo el mundo espanto
que, al pensar en el pueblo, te atosiga.

CUERVOS

EL ORO Y EL MORO[10]

[10] Los cinco sonetos de esta “guerrilla” son indudablemente blasfemos, y sus blasfemias requieren explicación. Blasfemar no es otra cosa que hacer escarnio o hablar con menosprecio de las ideas, representaciones, etc., que una creencia cualquiera tiene por tan respetables, que las tilde de sagradas. Y así, fuera de los artilugios teológicos, tan blasfemo es contra la idea de Dios el atea que se ríe de ella es blasfemos contra la de “no-Dios” el creyente que de ella se escandaliza, y aun anarquistas no es más contra la fe católica que un católico la es contra la teoría del anarquismo. Todos somos blasfemos contra la creencia ajena, todos los son contra la nuestra, y yo no alcanzo a ver por qué regla de tres la mía ha de ser sagrada para todo quisque, o sagrada para mi la de cualquiera; y en haber una que no lo sea, dejen de serlo todas las otras. Para justificar mis blasfemias anticatólicas, bástale a mi conciencia considerar que el catolicismo en sí, consagrados del absurdo Tertuliano y Agustín acá, y de la obediencia ciega desde los tiempos de Pedro y Pablo, es todo él una blasfemia contra la razón y la libertad, de las que soy muy devoto. Pero mi anarquismo, más nimio y puntillos, no halla en esto causa cumplida o bastante excusa para las blasfemias de estos sonetos. No me aconseja «respetar» la creencia católica, pero si desentenderme de ella, considerarla asunto privado de quien la tenga, ni más ni menos que hago con las de los esquimales o las de los patagones, las de cafres y hotentotes, las judías. Más mi conciencia y mi anarquismo, de consuno, no sólo encuentra justificada, sino que, además, me exige, la blasfemia contra toda fe impuesta, metida a calzador, forzada a martillazos e hincada a golpes en uno, yo o quien fuere. Tal es el caso del catolicismo, principalmente en España, donde se cree perseguido si no se persigue, no admite otra fe que la suya, y en nombre de ella se erige árbitro y mentor de todos y de todo. Si allí delinque quien no acata la fe, y es nada menos que un criminal quien otra tiene, ¿Cómo no blasfemar contra su oprobio y su tiranía? Dudase que haya en el mundo pueblo tan blasfemo como el Español; y uno se lo explica con pensar que siempre ha tenido que repetir «con Dios me acuesto, con Dios me levanto, con la Virgen María y el Espíritu Santo»; no ha comido sin el «Benedicamus Dómino», ni a dejado la mesa el «Deo gratias», ni ha alzado el porrón sin decir de un modo o de otro: «Sangre de Cristo, ¡cuánto hace que no te he visto, y ahora que te veo, Gloria in Excelsis Deo!». Todo lo ha hecho en nombre de Dios y su Corte Celestial , y se dirá que por voluntad del uno y a petición de la otra, siempre ha tenido que pagar «Diezmos y primicias a la Santa Madre Iglesia», en cuya halda, se casa y muere, hallando en ella cuna, tálamo y sepulcro; de ella rebosa, quiera que no, en pensamiento, palabra y obra, y hasta si bosteza se hace la cruz en la boca abierta, y se estornuda no cobra aliento sino diciendo «¡Jesús, María y José!». Así que, cuando ya no hay en su mente otras ideas ni en su boca otras palabras que las del credo y el rito de la Iglesia Romana, no le vienen a la memoria el chápiro verde, si se aviva de nervios, ni a la boca, si quiere soltar un

Trece siglos pasaron, día a día,
sin que uno se recuerde en el que a España
no le instase la Iglesia a hacer campaña
contra toda señal de morería.

Siempre en Guerra nos tuvo su porfía
con gente o religión a su fe huraña,
y, a millares, las piras de su saña
nos hicieron pavesas la herejía.

Sólo ayer, en la guerra a sangre y fuego,
nos pedía dar fin del «perro moro»
y a Santiago invocaba más que a Dios;

más, ¡tate!, que, en peligro su talego ,
no bien vio que, sin moro, adiós el oro,
dejo a Dios y a santiago por los dos.

AL PAPA

Banquero de la fe, que, bajo el manto
de un credo entretejido de mentiras,
tus monitas y encíclicas inspiras,
no en la Cruz, sino en cara, cruz y canto:

¿cómo puede llamarse «el Padre Santo»
la nación donde o papas o conspiras
y el Papado ha tenido tales miras,
que el Papa es papo, pupa y Padre Tanto?

---

taco, cualquier vocablo sonoro e inofensivo, como «abracadabra» o «zarrapastrón», sino retazos del «Paternoster», fragmentos de letanía, versículos de la Biblia, jaculatorias de indulgencia plenaria; y es blasfemo precisamente porque el ser católico le ha dejado con angostura mental y escaso vocabulario. De aquí que el «¡caramba!», el «¡carape!», el «¡qué canastos!» y el «¡que demontre!», sólo aparezcan como interjecciones nuestras en las Gramáticas castellanas que estudian los extranjeros -principalmente los alemanes-, y en España, de tan caídas en desuso, empiecen a sonarnos como «marguer» y el «aína». Redundancia es ésta tras la que vengo a decir que el Dios de que aquí blasfemo es, como apunto en uno de los sonetos, «una impostura». E impostura monta tanto como imposición si posición y postura son tal para cual. Yo no blasfemo contra divinidades que nadie quiere imponerme, ni imponer a mi pueblo, para el cual hablo. Y habrá creencias que, de puro tontas, no pueda respetar; pero respeto el derecho de cada quisque a tener la suya. Además, de «Dios» abajo, del Papa de Roma el cura de aldea, ¿Quién será sagrado o reverendo para cualquier español de la cáscara amarga, como yo, si a todos les hemos visto bendecir la guerra contra nosotros, propugnar el exterminio de los «rojos» hasta la cuarta generación, pedir al cielo favores para las hienas fascistas, proclamar a Franco hijo dilecto de la Iglesia y enviado de Dios a nuestra patria, y hasta hacer a la virgen capitán general? La iglesia católica, por lo que hace a España, no es fe de buena fe, no es religión de alma adentro, no es piadoso credo consolador, sino todo lo contrario: beatería santurrona y farisaica, hipocresía en alarde de fanatismo, celo inquisitorio al servicio de intereses temporales, política de campanario, intriga de sacristía, saqueo y anatema, robo y terror. Es el peor Partido político del país, la empresa capitalista más exenta de escrúpulos, el más detestable cuerpo social, y ¡ay de nosotros si no blasfemamos de ella y contra ellas hasta librarnos de su invasión! «Invasión», digo, porque, con su ordenación jerárquica, su estructura fascista y su culto a la obediencia, la Iglesia, bajo la omnipotencia de la autoridad del Papa, es un poder extranjero en nuestro país.

Desmedrada de antiguo en vuestro medro,
su tesoro pasó a ser de San Pedro,
pues le disteis medalla por doblón.

Si tu hueste redobla el tino hogaño,
¿será mucho que, en vista del engaño,
por España te acuse de ladrón?

AL CARDENAL PRIMADO

La cruz en que la cruz martirizada
de la carne de Cristo murió en vano,
para ti es esa cruz que alza el tirano
cuando, en nombre de dios, blande su espada;

es el ancla del dogma, siempre echada;
la daga de un Caín contra su hermano;
la alhaja sobre el seño cortesano
y el hierro marcado de una vacada.

«*vade retro*» del rico, horca dos veces,
perchero en que los curas y los jueces
la conciencia y la fe suelen colgar,

es reja en la prisión de España entero
y es la cruz en que a Cristo, si viviera,
querríais otra vez crucificar.
Al capellán de una cárcel

AL CAPELLÁN DE UNA CÁRCEL

Si creyérais en Cristo, en vez de en Dios,
como yo, en vez de en Dios, en Cristo creo,
tenderíais los brazos hacia el reo
forzado a estar de hinojos ante voz;

pues de Dios o de Cristo se va en pos;
en pos de Cristo, al Gólgota, el ateo
y en pos de Dios, al templo, el fariseo,
distintos y contrarios dos a dos.

A sabiendas mentís, del Papa al cura,
si llamáis Cristo a Dios o Dios a Cristo,
que uno es el Hombre, y otro, una impostura.

¿O es que, al pie del cadalso, no habéis visto
que sois dios en persona y Cristo es

el reo arrodillado a vuestros pies?

A UN CURA DE ALDEA

Tal vez en tu paseo vespertino
por las sendas que ondulan entre mieses
no te olvidas de quince feligreses
que encontraron entre ellas su asesino.

Derramaron su sangre porque un día
decidieron juntar manos y haciendas
y, en la tierra común, partir su pan:

pan de Cristo, que tú, en la Eucaristía,
crees dar a quienes, vueltos de esas sendas,
con la sangre de Cristo a tu altas van…

CRUZ O RAYA

AL «CÉSAR AUSENTE»

La daga de traición que, por herencia,
de tu padre, al morir, a ti pasara,
no pasó sin que el pueblo lo notara
ni escuchaste la voz de su experiencia

Tu orgullo la afiló en la violencia,
y el día en que se alzó de sangre avara,
te matamos de frente, cara a cara,
con la ley, la justicia y la conciencia.

Tu sepulcro tus huestes profanaron
y en hombros por España te llevaron
el regio panteón de El Escorial.

si tu momia es allí el «César Ausente»,
no habrá modo de hallar en ella un diente
cuando el pueblo le dé otro funeral.

EPITAFIO DE SANJURJO

Rodrigón de mujeres de tronío,
general enchulado con la suerte,
de garita y garito punto fuerte,
borrachín de alzamiento y amorío,

Pepe Sanjurjo y Scanell fue un «tío»
de esos que el diablo del coñac pervierte,
y en que el sexo, que en seso se convierte,
trono da en la bragueta al albedrío.

Confundiendo el país con un serrallo,
nos tomó por gallinas, y él, de gallo,
trocar quiso su espuela en espolón;

pero dio con la muerte en la intentona,
y aquí, más que yacer, duerme la mona
y hasta tiene por lápida un «tablón».

EPITAFIO DE BARRERA

Aquí yace el traidor que, si Barrera
se llamó, con acierto, de apellido,
siempre estuvo entre el ruedo y el tendido,
con un pié en el complot y el otro fuera.

Siendo espada en cuadrilla cuartelera,
de oro y sangre se vio siempre vestido,
más los propios jamás dejó al descuido
por saltarse la ley a la torera.

Cuando en Roma a su patria puso en trato,
superó al asesino de Viriato,
que un puñal, no una guerra, allí pidió.

Si oppas fue, le dio sopas al primero;
fue Guzmán de Tarifa… matureto,
y, a fuerza de ser Judas, no se ahorco.

EPITAFIO DE MOLA

Aquí yacen los restos de un mulato
que en la cuna nació de la Chelito,
macho burreño cuyo belfo en chito
fue del Morro de Cuba fiel retrato.

Como rata en disfraz de piel de gato,
fue alcaide de la trena y del garlito,
y, avezado a tratar con el delito ,
con borla de doctor salió del trato.

Bestia de albarda que, calzando espuela,
Dos veces amarró a España a su cola
Y, entre coces, la trajo de mal traer,

diz que fue por su casta Amuela y Muela,
pero hubo que llamar al mulo Mola,
por zambo de amolar y de moler.

EPITAFIO DE MARTÍNEZ ANIDO

Aquí en este cubil yace de día
la famélica hiena cuya saña
nunca pudo igualar al Conde de España,
que entre horcas, aplacado, sonreía.

Tras un cuarto de siglo en correría
y, al cabo, de vejez muerta en campaña,
nadie pudo decir de esta alimaña
que, saciada, su ceño desfruncía.

General de garrote y de pistola,
que en la juerga del mando «a la española»
de la sangre del pueblo hizo derroche,

dicese que bajo esta losa suena
todavía su aullido, y que tal hiena
pasa en husma de muertos cada noche.

PLUMAS

A JAVIER BUENO

Nunca tuvo la pluma caballero
más cumplido que tú, que, por igual,
volcaste en pro del bien y contra el mal,
como allí el corazón, aquí el tintero.

Jamás hubo un apóstol más sincero,
filósofo de vida más cabal,

socialista más fiel a sus idea
ni espíritu más libre o más entero.

Tú fuiste un Don Quijote sin delirio,
un héroe que de serlo no hizo alarde
y un mártir que en deber trocó el martirio.

Nadie pudo comprarte ni vencerte,
y, en tus trece hasta el fin, jamás cobarde,
superarte tu vida con tu muerte.

A GARCÍA LORCA

Con tu luna lunera por pandero
volvió la Gitanilla a los caminos,
de la cara de oliva a los pies finos
un romance gitano al revolero.

Bajo el verde limón de un limonero,
verdes y rojos entre azahar de linos,
sus limones en par soñaban trinos,
y, hecho saeta, los caló un lucero.

Crispada, alzó en la noche su figura,
los cabellos de luto como un manto
que tu muerte pusiera a su hermosura;

fue la musa cañí, loca, a Granada,
y al ver tu sangre allí sintió, de espanto,
su lengua de ocho sílabas cortada.

A ANTONIO MANCHADO

Bajo el cálido embrujo de las parras
de Andalucía, por España llora
tu alma de suras, al dolor sonora
como el grave bordón de las guitarras,

y al oírla, tu pueblo, que en las barras
de su cárcel suspira por la aurora,
suéñase libre en la avalancha mora
que tus versos baldío por cimitarras.

Rompe un ¡ay! Andaluz la fantasía,
y en la noche se va tu poesía
reclamando su noble almocadén.

Tu alma de llanto en las guitarras suena,
y el pueblo, que te ve muerto en la arena,
con luto en su bordón, llora también.

A MIGUEL HERNÁNDEZ

Al dorarse tus trigos como un pan
en el horno que forma cielo y tierra,
los caballos de Atila de la guerra,
crin al viento, en tropel, sobre ellos van.

Dan suelta, en su relincho, al huracán
cuando, a fuego, su casco el país hierra,
y el fragor que el galope hondo soterra,
voz se hace en tu garganta de volcán.

Súbito surges y rugiendo creces
al rodar -sangre y hierro en nieva blanca-
los torrentes de tus versos,

y en la noche de España te ensombreces
cuando, extingo tu fuego, al lobo al anca,
los caballos de Atila huyen dispersos.

RECUERDO DE REPARAZ[11]

[11] En efecto, al empezar la Guerra Civil, don Gonzalo de Reparaz, que perdió sus colaboraciones en diversos periódicos madrileños, se quedó sin medios de vida. Visitándole yo un día en su casa de la calle García de paredes, tanto él como su señora se quejaron de estar cansados de barrer, hacer las camas, guisar, etc. Les pregunte si su sirvienta estaba enferma, y me dijeron que habían tenido que prescindir d sus servicios porque no tenían con que pagarlos, ni apenas dinero para enviarla a la compra. Teniendo que confesar esto, los dos ancianos se echaron a llorar. Don Gonzalo se repuso pronto, y me habló de la gran cantidad de dinero que le debía el Ministerio del Estado desde hacía muchos años, por sus servicios en África y París. Decidí reclamar parte de este dinero, pues que de lograrlo todo no abrigaba esperanzas, y no se hizo el menor caso de la petición. Visto lo cual, creí oportuno visitar al ministro de instrucción Pública, sr. Barnés, y solicitar de él que ayudase oficialmente a Reparaz patrocinándole un ciclo de conferencias acerca del problema marroquí, en el que tal vez era la primera autoridad y sobre el cual necesitábamos consejo al principio de la Guerra. Pero el ministro se desentendió del asunto diciendo que Reparaz no tenía nada nuevo que decir, ni podía hacer más que repetirse. A lo que el maestro replicó cuando yo le informe de tan galana respuesta, que en repetirse estaba su gloria, ya que, tras más de medio siglo de actividades de publicista, ni tenía por qué rectificar lo que siempre había dicho, pues que lo encontraba muy puesto en razón, ni dejar de insistir sobre ellos, por que infinito el número de asnos «como Barnés» que, tan saltos de oído cuanto sobrados de oreja, todavía no se habían enterado de sus lecciones. Se le mandó a Reparaz quien le ayudase en casa, y nuestra organización le envió alimentos. Pero, como su situación siguiera siendo precaria, y en ella careciera de la independencia tan cara de él, un día, desesperado, entré en casa de un banquero -M.-, le obligue a darme 8.000 pesetas, informé del asunto al director general de seguridad y entregue el dinero a Don Gonzalo. El cual, sin saber exactamente cómo o de dónde saqué aquella suma, casi no había acabado de darme las gracias por ella cuando empezó a exponerme un proyecto de creación de una Universidad Popular, cuyos gastos de apertura «no pasarían de 5.000 pesetas». – Hay que aprovechar la ocasión -me decía-, ahora que tango tanto dinero… Después empezó a colaborar con la «CNT», y su situación económica quedó asegurada por nosotros. Cuando los fascistas se acercaban

Nada me ha honrado más que ser ladrón,
y a serlo me llevó, no ambición mía,
sino el ver que en Madrid se nos moría
de hambre quien daba a mi país lección.

Jamás tuve en la vida galardón
como fue el recibir del sabio un día
los libros en que, al irse, dejaría
para siempre tras él su corazón.

Yo aquel timbre de honor perdí entre escombros,
y el maestro, al finar nuestra campaña,
con la cruz de su fe sobre los hombros

caminó hasta caer en Nueva España,
donde, al fin, si no hay Dios, descansa en paz,
y si lo hay… ¡se las paga a Raparaz!

PLUMEROS

EL «NUEVO ESTILO»

Decadencia blandengue y culterana,
chulería verbosa y rimbombante,
morbidez entre ascética y galante,
perversión entre mística y pagana;

perifollos de prosa cortesana
y, entre ellos, la lisonja , delirante;
preciosismos y plagios de pedante,
languideces de vicio y de desgana;

crueldad con primores de sadismo,
llanto en gozo de histeria y de tortura,
necrofilia con tufos de heroísmo…

tal «estilo» de pobre y de locura
le ha dado de hijo espúreo al falangismo
tras ponerle los cuernos, la Censura.

---

a Madrid, decidimos trasladarlo, con su esposa, a Barcelona, lo cual no fue de su agrado. Pero se sentía tan débil y le habíamos dado tantas pruebas de afecto, que se inclinó a nuestras peticiones, y al salir de Madrid me comento el cuidado de su biblioteca, que después quedó destruida por la metralla del enemigo.

A GIMÉNEZ CABALLERO

Tu péñola es el gancho del trapero,
la espada de una sota de baraja,
la vara del gitano, la navajo
del chulo y la ganzúa del ratero;

es puntilla que hiede a matadero,
cerrojo de burdel, zanca de granja,
sucia jeringa de buscona y paja
que a la rana de Franco le hincha el cuero.

Es la flauta -o la gaita- de un faquir
O de un viejo truhán de Berbería,
Tocando para un nido de serpientes…

Más quizá en el cercano provenir
te llevemos de feria en romería
con ella de través entre los dientes.

RETAHÍLA DE EUGENIO MONTES

-Necesita tu cuello cabestrillo,
de doblado que va en melindrería?
-No, que es tallo rindiendo pleitesía
con la flor de mi frente a mi Caudillo,

-No sé si eso es hablar o hacer ganchillo…
-Trae mi boca en sazón la poesía
de quien, grávido de ojos, noche y día
se hace arrope tocando el caramillo…

-¿Eres paje entre mozos de ballesta?
-Lírica trova que, en cantar de gesta,
Loa al bizarro capitón de aquéllos.

-¿Quién es?
-El César: ¡Franco, Franco, Franco!...
(Y, el suspiro en la boca, ojos en blanco,
tiembla de histeria el Periquito entre *ellos*).

A LUÍS ARAÚJO COSTA

Tú has dicho que delinque el pensamiento,
y a fe que, si por cierto lo tuviera,
quien aquí te responde más quisiera

delinquir que, cual tú, ser un jumento.

viérase antes en potro de tormento
que en penco de alquiler se convirtiera,
y al hierro de tus cascos prefiriera
los yerros de su propio entendimiento,

pues pensado, y no a pienso, quiero estar,
por más que dé conmigo en el garlito
«la funesta manía de pensar»

y allí donde ésta es único delito,
bien puedes tú, Araújo, blasonar
de que todos en ti ven un bendito.

A JULIO CAMBA

Incógnito en ti edad de renacuajo,
famoso al devenir «Rana Viajera»,
nunca se supo si en tus labios era l
a risa ingenio, envidia o desparpajo.

Ella tu boca dilató a destajo,
de par en par te abrió la tragadera
y ensanchó tu barriga de manera
que te dio redondez de cero y cuajo.

Has venido a ser rana de ventorro,
Tragaperras de tasca, sapo en corro,
Buda de bruces y solas de idiotas.

En fin, si un día lengua te sobraba,
poca te queda, y, rezumbando baba,
lame a Franco la sangre de sus botas.

ACERTIJOS

A UN FILÓSOFO

Si tuviste pensión antes que bozo,
tú, aunque en «pose» de filósofo has medrado,
fuiste, en vez de barbudo, rasurado
pensionista de España desde mozo.

No es posible, en tus obras, hallar trozo
que a pienso de pensión no esté pensado,
ni hay modo de que pesque un resfriado
tu opinión, siempre tibio en el embozo.

Pulquérrimo de prosa, faz y calva,
tanto cuidas las tres y las atusas,
que tu escuela sobre ellas filosofa,

y, en pos de asir pensiones a mansalva,
quiere hacer mesoneras de las musas
en un mundo de calva, faz y prosa.

AL DOCTOR CURALOTODO

Charlatán de tribuna en caramillo,
que, con fama de docto en Medicina,
de político fuiste, sin doctrina,
sangrador de lanceta y de librillo;

curandero de España como el pillo
que en el cuento de Tirso de Molina
siempre da la receta con que atina
cuando mere la mano en el bolsillo;

tú partero en la alcoba palaciega
do la “Niña”, al nacer, vio que el Estado
vendría, en vez del pueblo, a ser su padre,

tal vez no seas médico de paga,
pero, en cambio, en política has probado
que quien se hace partero da en comadre…

A UN DIPLOMÁTICO

Aunque en Londres estás a media luz,
cualquiera puede ver en tu figura
ya un “tonto adurterao por la cultura”,
ya , con ésta por ala, un avestruz;

más habrá de jugarte a cara o cruz
si de ti saber más alguien procura,
y aun así, donde hubiere una ranura,
quedaráste de canto y al trasluz.

Filósofo en la luna o en las nubes,
político entre Pinto y Valdemoro

y escritor erudito, pero en Babia,

bien cargado de alforjas allá subes,
juntos van en tu fe el oro y el moro,
no sé eres babieca o rata sabia.

A UN PERILLÁN DEL 98

Este hampón de la faz fofa y lampiña
siempre en cuca trajín del caño al coro,
de al estilo la plaza de decoro
cuando hace de su aliño socaliña.

Esta urraca que dichos garrafiña
y a los clásicos plagia su tesoro,
recitándolos es un viejo loro,
si abundante en colores, más en tiña.

Este odre de Monóvar, por fuera
tan pletórico, suave y bien curtido,
por dentro es aire, pez y pelambrera.

Y este ave de rapiña es tan ruin,
que, aunque azor y hasta cóndor se ha creído,
por cautela no pasa de azorín.

EPITAFIO A UN DESERTOR

Aquí yace, si en paz está contigo,
quien murió de si mismo envenenado
cuando, al ser por su pluma desplumado,
su vergüenza buscó en la fosa abrigo,

Con soñar de su pueblo ser ombligo,
fue el tiro a la barriga su dictado,
y, en público su excelso magistrado,
fue, a escondidas, su más vil enemigo.

Saltamonte de intentos en fracaso,
con las patas de atrás marcó su paso
y tembló aun del Poder en la alta cima.

De rencores y envidias carcomido,
bien poco que comer aquí ha traído,
y eso es tal, que el gusano escupe encima.

LA LUCHA SIGUE

REBELDÍA

Dice el pueblo al tirano: -Amaga, pega,
tortura, o asesina, si prefieres,
y verás, tras hacer cuanto quieres,
si soy yo o eres tú quien se doblega,

que aunque todo derecho a negar llega
la cobarde agresión de tus poderes,
basta al ser yo quien soy tú quien eres
para ver que, al negármelos, te niega;

niégate autoridad para regirme,
y en balde te da la fuerza armada
de que en vano haces uso contra mí,

pues estoy resistiéndola a pié firme;
firme yo, no te vale para nada,
y, al herirme, me arenga contra ti.

CHISTE

Ya es el chiste gentil y aguda flecha
que, de ingenio sutil emponzoñada,
del arco de los labio sale airada
y en vuelo a un blanco lueñe va derecha;

ya es bomba de encendida y larga mecha
que, de risa sarcástica cargada,
cuando explota con una carcajada
no hay muro en que su gracia no abra brecha;

ya es avispa que pica apenas toca,
ya un vinillo traidor, dulce en la boca,
pero luego en la entraña corrosivo,

y en la cárcel de España es una lima
que a los férreos barrotes con fe arrima,
sin cansarse jamás, cada cautivo.

MÁRTIRES

No hubo noche en la guerra sin “paseo”
y en la paz, hecha ley la misma saña,
si la Muerte ha embotado su guadaña,
se la afila Falange por recreo.

Día a día, en ocho años al arrea,
tal vez no amaneció aurora en España
sin que viera lamerse a una alimaña
en su hocico la sangre de algún reo.

Nuestros mártires van ya siendo tantos,
que el recuerdo se pierde entre sus fosas,
sin que pueda sus nombres discernir.

Todos tienen su parte en nuestros llantos
y las voces de todos, imperiosas,
llámannos, uno a uno, a combatir.

HÉROES

Héroes mudos y anónimos sin cuento
de la paz terrorista y carcelera,
¡qué alta va con vosotros la bandera
de la guerra civil, su llama al viento!

Si el sátrapa anhelo que un escarmiento
cada pena de muerte ser pudiera,
véngala vuestra audacia, justiciera,
sin temor al balazo ni al tormento.

Confinado se ve a vuestras hazañas,
pues que no caben otras, el destino
que la fuerza negó al pueblo español,

y en la arena de todas las Españas,
cada vez que abatís un asesino
bate palmas de aplausos el mismo sol.

GUERRILLEROS

No has visto al toro revolverse en vano
contra todo zagal que, en la capea,
si embestido, la esquiva o le torea
y, al descuido menor, le mete mano?

No le lidia Fulano ni Zutano;
lídiale en corro y en común la aldea
cuando, al quite, el conjunto escamotea
y a su suerte le cita un aldeano.

Pues por cuernos a Franco, que, en tal traza,
si en el ruedo español es toro en plaza,
su capea es la guerra de guerrilla,

y, en pos del trapo rojo de la suerte,
en el corro del pueblo hallará muerte,
siendo el fin rabistraca de mulillas.

BARCO A PIQUE

“YA LE COMEN…”

Sin perder la batalla todavía
ni quedar sin córcel, espada y gentes,
ya le comen a Franco las serpientes,
cómenle “por do más pecado habla…”

No es nuncio de la muerte la agonía,
sino lucha y pasión de combatientes,
y en la suya apretó España los dientes
cuando el “César” creyó que se moría-

Sin morir, se revuelven contra Franco
sus desmanes sangrientos uno a uno,
sus atroces torturas una a una,

y el pueblo, que jamás ha sido manco,
no deja de explotar, de ellos, ninguno,
ni pretende perder, de ellas, ninguna.

VIENTO EN POPA…

Si en la guerra cayeron dos millones
y otro fue fusilado a sangre fría,
medio esta en el exilio todavía,
y uno más en cuarteles y prisiones.

Tal vez otro se toca los galones,
de Falange en la inmensa mancebía,

y aún nos quedan Estado, burguesía,
clerigalla, rateros y soplones.

Si sumamos enfermos y tullidos,
gente vieja, rapaces y mujeres,
poco queda del censo nacional.

¡Y aún dicen que si no hay pan o vestidos
débese a que en el campo y los talleres
no se gana el obrero su jornal!

“¡BASTA YA!”

No es el pueblo español quien dice hoy “basta”,
pues más puede decirlo, amordazado;
dícenlo, y al oído, y con cuidado,
gentes muy lejos de él, y de otra pasta.

Lo susurran los títeres de casta
que al “Caudillo” en la farsa han secundado;
los besugos que, al verle ya enredado,
no quieren dar con él en la banasta.

Más “te veo venir, besugo…” advierte
la cautela del pueblo prevenido,
con la guasa chungona del refrán.

Y ese “¡Basta!” no cambia ya la suerte
de aquellos que arrastrándose han subido
y arrastrados, con Franco, bajarán.

“¡YO NO HE SIDO!”

Como ratas que el barco a pique dejan
tras su carga en secreto haber roído,
muchos son los que dicen “¡Yo no he sido!”
y, a escondidas de Franco, de él se alejan.

De traidores entre ellos se motejan
por comprar un perdón que no es vendido;
de denuncias nos llenan el oído
y, entre sí, al causar, se despellejan.

¿Son los mismos que ayer, ante el tirano,
por la sangre del justo a coro aullaban
y a Jesús preferían a Barrabás?

Son Judas que, cordel y bolsa en mano,
si a ahorcarse con aquél se encaminaban,
aquélla les tentó, y se han vuelto atrás.

POR SU PIEL

Como el mal jugador, que, si ha perdido,
prueba suerte de nuevo y, de seguida,
juega y pierde partida tras partida,
cada vez más nervioso y aturdido,

de manera que al fin se ve cogido
y entrampado en un brete sin salida,
donde acaba jugándose la vida
más de miedo a pagar que de atrevido,

de tal modo, en su empeño fracasado,
tras cubrirse de deudas en el juego,
Franco acaba jugándose la piel;

por su piel hace abuso del Estado,
por su piel rige a España a sangre y fuego,
y el pueblo por su piel juega con él.

¡ALERTA ESPAÑA!

FUERZA Y MAÑA

¿Qué quiere el falangista despechado,
qué desea el monárquico ofendido,
qué ansía al general arrepentido,
qué espera el requeté desengañado?

¿Qué ambiciona el burgués casi arruinado
qué busca el aristócrata perdido;
qué oración reza el clero precavido,
qué treta nos está urdiendo el Estado?

Todos van tras lo mismo y son iguales;
por la fuerza han querido poner todos
su basura y su cuajo sobre España,

y hoy ajustan sus planes criminales,
con más tiento que fe, a “mejores modos”

que a la fuerza en fracaso añaden maña.

LOS DE FUERA

No fue cuando el terror se prometía
terminar en España con “lo rojo”,
sino ahora en que el pueblo, a fuer de arrojo,
ve cercano ya el fin de su sangría;

sólo al albo que anuncia el nuevo día
los de fuera de casa abren el ojo,
y aun pretenden, en serio y sin sonrojo,
convertir su interés en nuestro guía.

Más si un día, al desnudo la verdad
de sus cuatro mentidas libertades,
quieren Washington, Londres o Moscú

darle a España “al higuí” su libertad,
quizá tenga que oír cuatro verdades
y a tiros véanse tratar de tú.

LOS DE ADENTRO…

No hubo acaso en las huestes de izquierdistas
quien estando a la izquierda fue corneja
y en la lucha enseñó la misma oreja
de borrico alquilón que los fascistas?

¿No hubo acaso una taifa de arrivistas
que enredaron a España en su madeja
y aun quisieron servírsela en bandeja,
viva o muerta, a sus amos… (pon otro “istas”)?

¿No hubo acaso un Partido forastero,
todo intriga, doblez y terrorismo,
cual Falange tiránico y logrero?

Pues, ¡guay!, que falangismo y… (pon otro “ismo”)
siguen hoy a merced del extranjero
y en pugna están aún *por ser* lo mismo.

LOS DE SIEMPRE

Saldrá un día el enano de la *venta*,
que en venta España está, español hermano,
y, ¡ay pobres de nosotros si ese enano
“libertades” compradas representa!

Será útil cantarle las cuarenta
tras dejar que se erija en soberano,
que el pigmeo gigantes tendrá mano
cuando el pueblo cansado de él se sentía.

No olvidemos que hay muchos espadones
que otra guerra civil encenderían
por ganar más “ascensos en campaña”

y otros tantos políticos follones
que a su madre al mercado sacarían
cual sacan ya a la nuestra, que es España.

OTRA BARAJA

Si el Estado, tras todas sus caretas
siempre oculta invariable tiranía,
ved en él un tahúr que, por falsía,
cambia de naipes, pero no de tretas;

y, aunque ya no ignoradas no secretas
las que a España jugó su alevosía,
con un cambio de naipes buen podría
repetirlas allí todas completas.

Si el régimen de Franco se le raja
porque ya no le queda triunfo alguno,
tiene el viejo truhán otra baraja;

la usará cuando así lo halle oportuno,
probará sus engaños uno a uno
y, en perder, pagará con la navaja.

ANTIFASCISTAS

¡UN FRENTE LIMPIO!

Luchad juntos de nuevo, antifascistas
de la guerra y la paz; luchad unidos
quines nunca, si algún día vencidos,
incluyó el vencedor en sus conquistas.

No admitáis diferencia entre fascistas,
ni aun a fin de tenerlos divididos,
y, ojo alerta al menor de sus descuidos,
mantened vuestras armas siempre listas.

Nunca abráis vuestro frente a desertores
que al pueblo antes que a Franco traicionaron
y hoy más doblan que anulan su traición,

ni déis trato distinto a los traidores
que, si bien junto al pueblo ayer lucharon,
con los otros se alían, e igual son.

¡INDEPENDENCIA!

Levantad la bandera nacional
con un “¡Viva la patria independiente!”,
que ese grito ha de hallar eco en la gente
si en España probó ser inmortal.

Venga a ser para todos la inicial
de un futuro feliz y floreciente,
y al sonar en la angustia del presente,
nuestro pueblo a su són será leal.

Vuele invicta de España la bandera,
y en su vuelo aletee la memoria
de Viriato, Padilla y Juan Martín.

¡Basta ya de humillarse a los de fuera,
basta ya de matarnos en su gloria,
basta ya de servirles de botín!

¡LIBERTAD!

Por la anchura de España en agonía
nadie pide perdón a la impiedad,
más demanda hasta el aire libertad,
más preñado de mayor cada día.

Si quréis abatir la tiranía,
la tormenta despueblo fomentad,
y al trueno de la voz acompañad,
como rayo visible, la amnistía.

Que las cárceles abra, no el perdón,
Antes bien la impotencia del tirano,
La bravura del pueblo combatiente,

y al abrirse, que toda la nación,
si el “Caudillo” le da a lamer la mano,
yérgase a echar a su garganta el diente.

¡JUSTICIA!

Nadie pida borrón y cuenta nueva,
ni empezando en venganza dé en sevicia,
pero oíd la demanda de justicia
que la sangre vertida al pueblo eleva.

Caiga y pague hasta el fin quien pagar deba,
que el perdón ya es engaño, ya estulticia,
cuando, más que limpiarla, pudre y vicia
la nación que en su seno el crimen lleva.

Si queremos que un día la cizaña
no prosiga arruinado nuestro trigo,
quede el campo escardado por completo,

y, alcalde Pedro Crespo en todo España,
sepe dar al culpable su castigo
y ahorcado “con muchísimo respeto”

¡MÁS ALLÁ!

Cuando en marcha os pongáis, que primer paso
no sea un paso atrás, como alguien quiere;
tras vosotros la larga noche muere
y enfrente se abre un día sin ocaso

Siempre adelante, pero no al acaso,
que si suave el camino al zar fuere,
quien bajando la vista lo siguiere
siempre tendría un horizonte escaso.

Mirad lejos, que viene claro el día,
y su luz, cuando holléis la lejanía.
de seguro otra nueva os tentará.

No os paréis, que la vida es un camino,
caminar es vivirla, y el destino
de España es su “*Plus ultra*”: ¡Más allá!

TRABAJADORES

¡ALIANZA OBRERA!

Uníos más y más, trabajadores
en que España su nueva fe cimienta,
que la unión ha se ser vuestra herramienta
cuando un día emprendáis vuestras labores.

Sois, quizá, entre los buenos, los mejores,
pero en pugna os halláis, y hacéos cuenta
que si el mal la política fomenta,
podréis ser, de los malos, los peores.

Halle sitio y misión en vuestro frente
todo aquel que en sudor bañe la suya,
todo aquel que la abrase con su mente,

y, abarcando la España productora,
no admitáis que jamás se prostituya
ni, al servir de alguien servidora.

¡CONSTRUID!

Casi todo en la guerra destruido,
si en la paz hasta el “casi” se derrumba,
cuanto muerto veáis, caiga en la tumba,
y allí puede enterrado, no en olvido

Si a la luz y a la obra habéis nacido
de una lóbrega y honda catacumba,

resellad su oquedad con la balumba
de cascote en que todo ha sucumbido.

Y, al punto, a edificar, sin miedo a nada,
ni olvidar, al ponerse a construirlas,
que sois base y pilar de vuestras obras;

cimentadas de fuerza organizada,
y el mismo terremoto no ha de hundirlas,
ni rajarlas arteras maniobras.

¡TOMAD LA TIERRA!

Levantáos al alba, campesinos,
cuando empiece a romper el nuevo día,
y, hoz en mano, de aldea y alquería
salid cantando a coro a los caminos.

Su salido os dará, deshecha en trinos,
pechezuelo en temblor, la totovía,
y el campo, que hoy de lloro rocía,
se os dará con sus panes y sus vinos.

Los que tierra tenéis, id y labradla,
que esa tierra es de aquel que la ha labrado
sin privar de la suya a otro español.

Los que no tenéis tierra, id y tomadla,
que nadie la robáis si os la han robado
y es vuestra como el aire y como el sol

¡SED PRUDENTES!

Ved que España no es sólo vuestro tajo,
que es obra a vuestra mano encomendada,
y así, tenedla siempre por sagrada,
pero ni la emprendáis de arriba abajo.

Trabajad a conciencia, y no a destajo,
que el trabajo a conciencia honro y agrada,
y a destajo, si rinde, más degrada,
siendo así una deshonra, y no un trabajo.

Id, libre cada cual, todos a una,
sin que en dios o Mesías confiéis,
a labrar en común vuestra fortuna;

nunca os baste la fuerza que tenéis,
su ocasión sea justa y oportuna
y, al usarla, pegad, nunca amaguéis.

¡LO SOIS TODO!

Si las filas cerráis codo con codo,
y al deber vuestra vida dais entera,
con ser -dignos y en pié- la clase obrera,
probaréis que en España lo sois todo;

y entonces, si es que aún de cualquier modo
la vagancia intrigante os ofendiera,
no dejéis sapo vivo en su sapera,
y, uno a uno, aplastadlos en su lodo.

Pensad alto y amad lo que alto fuere,
no perdáis la experiencia del pasado
y al futuro llamad revolución.

Respetad su derecho a quien lo hubiere,
y al hacer de los vuestros uso honrado,
redimid, redimiéndoos, la nación.

HERMANOS

CATALANES…

Tiempo es ya de hablar claro y ser leal,
basta ya de hacer caso a charlatanes,
que ha llegado la hora, catalanes,
de curar vuestra llaga regional.

Si el Estado jamás fue nacional,
sino alógena taifa de haraganes,
no volváis contra España los desmanes
que ella entera ha sufrido por igual.

No hay derecho que no os niegue el Estado,
más no hay uno que España no os respete,
pues de todos, y toda, ha menester.

Reclamad cuanto aquél os ha quitado,

más no uséis Cataluña como ariete
contra el muro en que torre debe ser.

VASCONGADOS

No es Castilla quien niega vuestro fuero,
ni ella nunca os privó de libertades,
como prueba de su voz “Comunidades”
y confirma el programa comunero.

Si en su nombre y su contra el extranjero
destruyó vuestras libres merindades,
siglo a siglo, a través de las edades,
toda España cayó bajo el primero.

No quiso ni querrá tal madre, vascos,
despojar a ninguno de sus hijos
como fue sobre todos despojada,

y, en quedar ella libre de charrascos,
si embotáis vuestros muchos crucifijos
no tendréis, en su hogar, que temer nada.

MARROQUÍES…

La cesáreo-papal oligarquía
que en España aplastó credo y derecho,
con afán de botín pasó el Estrecho
y al pueblo bereber puso en sangría.

Con machete español, su tiranía
se hundía del marroquí en el noble pecho,
y, encorvada al hundirse, su despecho
volvió al cuello español, hecha gumía.

Con los motes de moro y de cristiano,
dos pueblos fraternales han perdido,
bajo el mismo padrastro, el mutuo hogar.

Quede ya entre dos fuegos su tirano,
queden mutuas ofensas en olvido
y a ambos, libres, un techo ha de albergar.

PORTUGUESES

Como sangre que en sangre se renueva,
por el Tajo, cordón umbilical
de la enjundia de España a Portugal,
nuestro apóstol llevó a la buena nueva;

y en el Tajo, que ya hacia el mar no lleva
su haz de aceros dos veces imperial,
con la mano de Antero de Quental
la de Anselmo Lorenzo se unió en prueba,

no de trato de pueblos fronterizos,
sino de un renacer de dos mellizos
en la cuna de paz de aquellas manos.

Si ambos sufren pareja tiranía,
su frontera los dos borren un día
y unidos vivan siempre sin tiranos.

¡TODOS JUNTOS!

Viejos pueblos del Atlas al Pirene,
del grupo Balear a las Azores,
ya ha llegado la edad de los motores,
y a un destino os sujeta cuando viene.

Preñada de energía, en gesta tiene
más poderes que edades anteriores,
y han de ser, ya mejores, ya peores,
según se usen o no como conviene.

Trae, ciega, libertad y tiranía:
terremotos de impero en són de guerra,
Commonwealths de trabajo con són de paz.

Y a vosotros llegándoos está el día
de rodar al primer temblor de tierra
si no os unen trabajo y libertad.

ESPAÑOLES

TODO, O NADA

Españoles de toda catadura,
del lado de los míos y de enfrente,
quienesquiera seáis, alzad la frente
y escuchad con oídos de cordura,

porque España, sumida en su amargura,
dice a todos, sincera y elocuente,
que es preciso ir al vado o a la puente
y escoger: socialismo, o dictadura.

No hay nada entre esos términos que baste
ni a dar satisfacción ni a poner freno
con promesa o amago a la nación;

con todo lo intermedio dará al traste;
todo, o nada querrá y, por malo o bueno,
dictadura tendrá, o revolución.

TÉCNICA O POLÍTICA

Si el vehículo social es el trabajo,
¿por qué esta sociedad sin escarmiento
no se da como ley un reglamento
de labor comunal, de trot y tajo?

No se piensa a tañido de badajo,
nada es más personal que el pensamiento,
y hacer del de quien fuere un mandamiento
será hacernos cabritos de un hatajo.

Pensar es un derecho, no un deber:
yo a nadie daño con pensar por mí,
y a mi nadie me daña, piensa o no.

Si una norma social hay que tener,
déla el trabajo, pues te importa a ti
que del tuyo, a placer, no viva yo.

SINDICATOS, O PARTIDOS

Se prosigue la lucha de Partidos,
dogma, credos, ideas, banderías,
o, si tanto permiten sus sangría,
trabajamos en paz, todos unidos.

Ya, opresores ayer y hoy oprimidos,
noria España ha de ser de tiranía,
o, más libres y ricos de energía,
trabajando nos vemos redimidos.
Ya piensa cada cual como le place,
trabaja como debe y, si tal hace,
de por vida seguro tiene el pan,

o ya -rojos o negros, siempre iguales-
crecerán de tal modo nuestros males,
que un día sin país nos dejarán.

LA NACIÓN, O EL ESTADO

Si la guerra feroz de clase a clase
cien veces de apariencia se ha mudado,
tal cariz va tomando y ha tomado,
que tal vez, en disfraz, por otra pase.

Siempre igual en esencia aunque de base
y adversarios varíe, se ha enfrentado
la nación por doquier con el Estado,
como clases que, opuestas, no hay quien case.

La riqueza tomó el Poder antaño,
y el Poder toma hogaño la riqueza,
que hoy cede el mayorazgo al segundón;

mando y manda, lo mismo son hogaño;
propiedad y poder, la misma pieza,
y en feudo del Estado es la nación.

VIDA O MUERTE

Gran cruz de tierramar te dio el destino;
y en tal cruz, pueblo mío, puedo verte
como un Cristo en espera de la muerte,
más en trance, quizá, de ser divino…

Por la herida que en él abrió Longino
tu noble corazón sus posos vierte,
y aun así, quijotesca tu alma fuerte,
donde otros ven tu fosa ve un camino…

¡yérgase tu estatura euro-africana
y alas dé a tu ancho pecho castellano
tu brazada latino-americana!

Desclavado, haz, en paz, obras de amor,
libertad por doquier siempre tu mano
y halle el Mundo en tu un pueblo redentor.